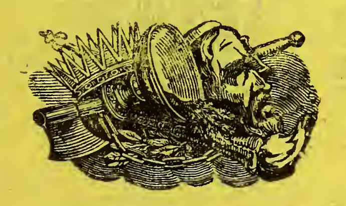


EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡PRUEBAS HUMANAS!!!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de losaños mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espa[ñoles]
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser[o]

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B[ravo]
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernand[o]
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdido[s]
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid[ad]
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al[...]
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre[s]
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Losmolinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y Maria.

¡PRUEBAS HUMANAS!!!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN MIGUEL DE LOSADA.

Representado por primera vez, con extraordinario aplauso, en el teatro de Novedades, de esta córte, en 6 de Abril de 1861.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ. FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSAMUNDA	D.ª Paulina Andrés.
MARIA	D.ª Concep. Sampelayo.
LUDOVICO (niño de 12 años).	Srta. Celles.
MARCOS	D. Antonio Pizarroso.
MANFREDO CAMALDANO.	D. Manuel G. Muñoz.
ASCANIO SALVIATI	D. Antonino Bermonet.
EL CONDE DE GUARINI	D. Lázaro Perez.
EL DUX DE VENECIA	D. B. Chas de Lamotte.
ERNESTINO	D. Antonio Galvan.
UN PAJE	D. N. N.

Damas, Senadores, Caballeros, Máscaras, Pueblo, Soldados.

Venecia, año de 1532.

AL SEÑOR

DON EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

Poeta: Los amigos que me llamabais «padre ingrato,» porque con tan malos ojos veia á este pobre hijo de mi inteligencia, habeis quedado, como yo, muy satisfechos del brillante éxito de su representacion. Y ¿cómo no? Cuando los actores quieren conquistar lauros para el poeta, ellos los adjudican, porque ellos son los que cultivan, cortan y tejen las coronas. Ya has visto á Pizarroso. Estuvo admirable.—«Cuando represento á Marcos, me ha dicho, quedo postrado: ¿se propuso V. matarme?» Al oirle me sonrio con el gozo íntimo que experimenta el alma, viendo al actor que se afana, se encariña con la obra, dá mil vueltas á una frase hasta atinar con lo mejor, y exclama: «Asi es como debe ser!»

Si al remitirte el drama consagro á nuestro querido Pizarroso el dulce recuerdo que dejo escrito, no es porque de los demas artistas no haya quedado yo sumamente complacido, sino porque, para mí, Marcos era el drama. Ya vistes cómo se les aplaudió: pues asi aplaude el público si el corazon se interesa.

Tú, Eugenio, que pusistes nombre á esta obra, recíbela como prenda de mi cariño. Poeta erudito, conserva esta memoria de tu afectísimo

Juan Miguel.

Madrid, Mayo 2 de 1861.

ACTO PRIMERO.

Cámara espaciosa y ricamente decorada en casa del Conde de Guarini. La pared del fondo la forman tres grandes arcos á cuyo pié hay escalinatas de mármol, adonde atracan las góndolas. Se vé el cielo, y á su tiempo cruzan embarcaciones por las aguas. Balcon á la izquierda, en primer término. Puertas laterales. Dia.

ESCENA PRMERA.

MARIA, MARCOS.

Maria asomada al balcon. Marcos á alguna distancia. Bulla, músicas en la calle, alegria popular.

MARIA. ¡Válame Dios! ¡qué algazara!
¡qué gente! ¡qué confusion!
Anda el pueblo entusiasmado.
¡Dios bendiga el buen humor!
¿Enmascarados?—Me alegro:
ya tenemos diversion.
¿Eh? Se aleja la comparsa...
(Desde que empieza Maria á hablar, la música vá percibiéndose menos, hasta que al decir la actriz el verso que dirige á su interlocutor, apenas se perciben los sonidos.)
MARCOS. Y tambien me marcho yo.
MARIA. ¡Cómo! ¡Andarse por Venecia

y ni un aviso! ¡Señor!
La gente ha cambiado mucho
en poco tiempo.

MARCOS. (Tímidamente.) Es que yo...
señora Maria, vengo
de Génova.

MARIA. ¿Y prefirió
las máscaras á nosotras?

MARCOS. Me ausento...

MARIA. ¿Por qué razon?

MARCOS. Caprichos de la fortuna.

MRRIA. ¿Ya le ha perdido el amor
al Conde?

MARCOS. Por mi desgracia,
mas y mas mi corazon
le quiere, mientras ¡ingrato!
duplica mas su rigor.
Partí, tras él, á la guerra,
pero tan mal me trató...

MARIA. ¿La guerra ó el Conde?

MARCOS. El Conde.

MARIA. ¡Y suspirais! Es razon.
Pero, ¡si sois tan soberbio!

MARCOS. (Desalentado.)
¡Es verdad!

MARIA. ¡Si sois feroz
cuando llegais á irritaros!
—¿Vuestro carácter?—¿Cambió?

MARCOS. (Con bondad.)
Señora...

MARIA. (Pausa.) Genio y figura...
¿Qué extraña resolucion?...

MARCOS. El Conde Cambrine, avaro,
fiero, irascible... (Dominando su ira.)

MARIA. (Interrumpiéndole.) Cual vos.
Pues, digo, ¡teneis un brio!
¡sois mas bravo que un leon!

MARCOS. El Conde Cambrine quiso
ultrajarme, porque yo
amaba mucho á Manfredo...

MARIA. Os debe su educacion.

MARCOS. (Con énfasis.)

Le quiero como á mi hijo.

MARIA. ¿Y el vuestro? ¿Vive?

MARCOS. Si, Dios me le conserva.

MARIA. Me place.

MARCOS. (Apesadumbrado.)
¡Hijo de mi corazon!

MARIA. ¡Tan vivo, tan zalamero!

MARCOS. ¡Mi Ludovico es un sol
de hermosura, y yo le adoro
con sublime adoracion!
Por verle feliz daria
dos vidas, teniendo dos...
¡Ay! de Manfredo esperaba
gratitud y proteccion.
(Suena dentro una campanilla.)

MARIA. Me llaman, venid conmigo.

MARCOS. (Indeciso.)
Señora, hacedme el favor
de permitirme salir
de esta casa.

MARIA. ¡Bella accion!
¡Pues no nos faltaba mas!
¿Para qué os llamé aquí yo?
Vamos, venid.

MARCOS. Permitidme
que me aleje.

MARIA. No, señor,
no lo permito: conozco
que teneis resolucion
para cualquiera locura,
mas no sois malo, eso no.
¡Teneis un alma excelente!

MARCOS. ¡Si, tengo un gran corazon!

MARIA. Pues sed un poco más dócil.
Ya sé que el Conde os trató
con afecto, mucho afecto,
y si logro yo de vos
que os domineis... hoy es dia
de indulgencias, de perdon,
y volvereis á su casa
contento.

MARCOS. (Con desencanto.) ¡Imposible!
MARIA. No,
no habeis de marcharos; ea,
entrad.
(Suena otra vez la campanilla. Maria ha llevado á Marcos á la puerta de la derecha, empujándole blandamente.)
MARCOS. Es que yo...
MARIA. (Con dulzura.) ¡Bribon!...
(Le obliga á pasar por delante. Entran. Antes de salir del teatro ya se encuentran en la escena los condes de Guarini y de Salviati; figura que hablan bajo, mientras los anteriores personajes se marchan. Cuando se quedan solos adelantan al proscenio.)

ESCENA II.

El CONDE, ASCANIO SALVIATI.

CONDE. ¿Con que, por fin, nuestra gloriosa armada
triunfante ya del genovés altivo?...
SALV. El pueblo con sus férvidos cantares
celebra á los intrépidos marinos,
y en el palacio del senado augusto
recibe el Dux al vencedor caudillo.
CONDE. ¡Oh! Ya podremos, con placer, Salviati,
en nuestra patria respirar tranquilos,
y libres de que Génova pretenda
al férreo yugo de su carro uncirnos.
¡Inmenso es el placer que me envanece!
Un banquete preparo, en él conmigo
vereis, señor, que la victoria nuestra
placentero en mi casa solemnizo.
Os espero á mi fiesta, noble Ascanio,
espero á mis parientes, mis amigos,
que á Manfredo, al intrépido guerrero,
probar deseo que su triunfo admiro.
SALV. ¿Á Manfredo?
CONDE. Salviati, ¿qué os asombra?
SALV. Le tratabais un tiempo con desvío,
y al ver que le obsequiais con un banquete
mudanza tan extraña no concibo.

CONDE. Manfredo Camaldano, pobre y mozo,
á Rosamunda en matrimonio quiso.
Negué mi asentimiento á su demanda,
pensando que de amores los delirios
se templan con la ausencia del objeto
que encadena del alma el albedrio.
Mostró agradarme, que obediente es ella,
y dió las diversiones al olvido;
en su estancia padece, y vive sola
de su santuario en el feliz recinto.
Callaba...

SALV. ¡Qué prudencia! (Con delicada ironia.)

CONDE. Quise entonces
aplicar á la herida lenitivo,
y hablando con Manfredo...

SALV. (Con extrañeza.) ¡Á Camaldano!...

CONDE. Ceder, por prevision, era preciso.
La cuerda que se estira con violencia
falta, aunque fuesen de metal los hilos.
—«Jóven, le dije, á vuestro amor me opuse
creyéndole fugaz y de capricho;
hablad á vnestro tio, si consiente
estoy á vuestro enlace decidido.
—Mi tio, contestóme, ayer ha muerto...

SALV. Dióle muerte á traicion un asesino.

CONDE. Es asi la verdad. (Con calma.)

SALV. (Con viveza.) ¿Y Camaldano?...

CONDE. Hereda las riquezas de su tio.

SALV. Y vos, señor, consentireis que esposo...

CONDE. ¿Por qué debo, Salviati, de impedirlo?

SALV. Señor Conde... (Con inquietud.)

CONDE. Dejadme que concluya.
Manfredo continuó:—«Soy noble y rico;
mas no quiero, jamás, que diga el mundo
que á la boda accedeis por egoismo.
La flota contra Génova se apresta
y marcho á combatir al enemigo.
Dejad que parta, y si en la lid alcanzo
el premio á los valientes concedido,
os prometo volar á vuestro seno
tan pronto como pise el suelo mio.»—
Ya veis, Ascanio; vencedor glorioso

le espero, y en mi casa le destino
la mano de una esposa, y los aplausos
á su virtud y á su valor debidos.

SALV. ¿Y Rosamunda?...

CONDE. Le idolatra siempre;
mas se niega á casarse.

SALV. (Con interés.) ¿Qué motivo?...

CONDE. ¿Acaso, no sabeis?...

SALV. (Como antes.) Decidme, al punto...

CONDE. Del sexo, Conde, y de la edad caprichos.

SALV. Vuestra hija, señor...

CONDE. (Con indiferencia.) Se obstina...

SALV. (Con ansiedad.) ¿Y quiere?...

CONDE. No casarse. (Con sonrisa de incredulidad.)

SALV. (Satisfecho.) Está bien.

CONDE. (Agitado.) Decid...

SALV. (Como antes.) Respiro.

CONDE. ¡Os habeis alterado!

SALV. (Tímidamente.) ¡Conde!

CONDE. (Ansioso.) Habladme...

SALV. Adoro á Rosamunda con delirio.

CONDE. Y ella, Conde, decidme...

SALV. (Indeciso.) Ved...

CONDE. (Con interés.) Decidme.

SALV. Ya sabeis que Manfredo es preferido...

CONDE. Bien; ¿y qué?... (Como libertándose de grave peso.)

SALV. (Esperanzado.) De su padre...

CONDE. (Con dulzura.) Señor Conde,
¿es un padre el tirano de sus hijos?
No, Conde, no está bien...

SALV. Vuestras palabras
aumentan la acritud de mi conflicto.
Si Rosamunda despreciarme quiere,
el fallo de mi causa oiré sumiso.
Mas si Manfredo... (Con ira.)

CONDE. (En tono de cariñosa reconvencion.)
¡Conde!

SALV. Si Manfredo
la lleva ante los piés de Jesucristo;
si me abandona la esperanza...

CONDE. (Como antes.) ¡Conde!

SALV. Si entiendo que es inútil mi martirio,

sin rémora que estorbe mis intentos,
Manfredo...

CONDE. (Con disgusto) ¡Ascanio!

SALV. (Colérico.) Morirá conmigo.

CONDE. Y vos, tan recto, tan honrado y noble,
¿quereis sacrificar, inadvertido,
de mi casa el reposo?

SALV. (Con duda.) ¡Conde!

CONDE. (Con benevolencia.) Basta.
Os disculpo, Salviati, fué un delirio.
(Presèntase por el fondo un paje.)

SALV. ¡Oh! no sabeis lo que padece el pecho...

CONDE. Os vuelvo la palabra, Conde amigo.
(Aparentando que cree á su interlocutor arrepentido de su rapto de ira.)

SALV. (Dominando mal su coraje.)
Padezco, y padecer...

CONDE. Es insufrible.
Os disculpo.

SALV. (Airado.) Manfredo...

CONDE. (Benévolamente.) Ya os he dicho...
¿Qué quieres? (Al paje, acercándosele.)

SALV. ¡Vive Dios!

CONDE. Voy al momento.
(El Conde habla dos palabras con el paje: Salviati se muestra impaciente. Cuando el Conde vuelve al lado de Salviati, le dice con familiar bondad el verso que tiene señalado, extendiéndole la mano.)
Permitidme un instante...

SALV. (Queriendo detenerle.) Conde, insisto...
(Á una señal de bondadosa negativa añade.)
Escuchadme, señor...

CONDE. Dejemos eso.
Me doy por satisfecho y convencido.
(Le aprieta la mano con efusion, no dejándole hablar, y Salviati se marcha con señal de indignacion. Antes de salir del teatro, se presenta Rosamunda, preocupada, seguida de Maria. Se detiene á poca distancia de la puerta que le dá paso á la escena, y despues de los ocho versos que dice sin mirar á la dueña, se le acerca esta.)

ESCENA III.

ROSAMUNDA, MARIA.

ROSAM. ¡Ese crímen ocultar!
¡Ah! no se debe encubrir... (Pausa.)
No sé lo que decidir
entre callarle y hablar.
¡Yo delincuente! ¡Oh baldon!
Si el rubor no me matara,
con las manos me arrancara
de vergüenza el corazon.

MARIA. Y bien, Rosamunda, ¿nunca
tendrás conmigo franqueza?
Marchita está tu belleza
como la flor que se trunca.

ROSAM. Sobrado tienes derecho
para exigir mi confianza;
mas si mi pena te alcanza
habrá de romperte el pecho.

MARIA. Partámosla entre las dos,
que en los ásperos caminos,
como errantes peregrinos
tendremos confianza en Dios.

ROSAM. (Con fingida calma.)
Ya estoy contenta, Maria.

MARIA. ¡Tan pronto! (Irónica.)

ROSAM. Si; me contento
en cuanto escucho el acento
de tu palabra.

MARIA. (Con gozo.) ¡Alma mia!
(Observándola con interés y en tono de duda)
No es verdad.

ROSAM. (Con candor.) No, no te engaño.
¿Desconfias? (Confidencialmente.)

MARIA. Tal vez... si.

ROSAM. ¡Ay! no me pongas asi
el rostro, que me haces daño.

MARIA. Los ojos son los espejos
de los afectos del alma,
y su dolor ó su calma

se pintan en sus reflejos.
Á los tuyos.... .

ROSAM. (Queriendo ocultar su pena.)
No es verdad...

MARIA. Cerca una sombra importuna
como el cerco de la luna
que augura la tempestad. (Pausa.)
¿Qué tienes?—¡Me afliges tanto!

ROSAM. (Con fingida alegria.)
Cuando se alegra Venecia,
¿no fuera cosa... muy necia,
que yo me anegara en llanto?
Prepárame mis preseas
y mi traje... el de brocado...
cuanto tenga mas preciado,
para que en breve me veas
sin pena ni sinsabores...

MARIA. ¡Ah! si, bella, engalanada
como el alba nacarada
bordando el cielo de flores.
El valiente vencedor
que palmas ganó en la lidia,
verá que Venecia envidia
que le concedas tu amor.
Ya, despues de mil azares,
vuelve aqui con la victoria,
la paz, la dicha, la gloria
trayendo á los patrios lares.
¡Oh! contenerme no puedo...
(Muy gozosa. Rosamunda la contempla con interés. Maria añade.)
El gozo mi pecho inunda...
¡Viva feliz Rosamunda!
¡Viva el insigne Manfredo!

ROSAM. (Con terror.)
¡Oh, cielos! (Momento de silencio.)

MARIA. (Con suspicacia.) ¿Querrás ahora
decirme que estás contenta?
Yo sé cuál es la violenta
angustia que te devora. (Con misterio.)

ROSAM. ¡Imposible! ¿Sorprender
quieres, Maria, mi arcano?

Pues te advierto que es en vano.
¡Ay! no lo debes saber. (Con honda amargura)

MARIA. Si, me interesa apurar
lo que de duelo te llena;
compartir quiero tu pena,
quiero, si lloras, llorar.
Tu nodriza asi responde
á tu arrogancia y desden.

ROSAM. ¡Maria!... (Con cariño.)

MARIA. No sienta bien
á la heredera de un conde,
provocar asi el despecho
de una pobre sin fortuna,
que la dormia en la cuna
con la sangre de su pecho. (Llora)

ROSAM. Perdona si te ofendí:
hoy te conozco mejor.

MARIA. Dios es justo, y vengador
del que prevarica aqui.
El vulgo señala á un hombre
con negro, infamante apodo...

ROSAM. ¿Qué dices? Dí. (Rápidamente.)

MARIA. (Con gravedad, y llorando.)
Lo sé todo.

ROSAM. Su nombre, pronto, su nombre.

MARIA. No puedo...
(Retorciéndose las manos con angustia y mirando fijamente á Rosamunda.)

ROSAM. (Con autoridad.) Su nombre.

MARIA. (Como antes.) No...

ROSAM. (Dominando su zozobra, tomándola de una mano con cariño y provocando su confianza.)
¡Por tu vida!...

MARIA. (Siempre dudando.) Pues bien, es...
(Mirando á todas partes, con miedo.)

ROSAM. ¡Que me asesinas!

MARIA. ¿No ves
que tiemblo? (Queriendo decir algo grave)

ROSAM. Responde...

(Maria le dice al oido una palabra. Rosamunda suelta con terror la mano de su nodriza, y exclama aterrada.)

¡Oh!!!

MARIA. El pueblo asi lo asegura.

ROSAM. ¡Él! ¡Cómo! ¡asesino!!!

MARIA. (Confusa.) Calla...

ROSAM. Vencerá en ruda batalla
la verdad á la impostura.
Miente el pueblo, el mundo miente...
Si el crímen mis ojos vieran,
¡hasta mis ojos mintieran!

MARIA. ¡Rosamunda! ¿estás demente?

ROSAM. ¡El pueblo! Débil reptil
ó poderoso leon,
si una vez tiene razon,
le engañan, le engañan mil.
¡Él, asesino!!!

MARIA. (Cada vez mas angustiada.)
Oye... vé
que ya tu padre... (Señalando para el foro.)

ROSAM. (Resueltamente.) Sabrá...

MARIA. (Con terror.)
¡No, por Dios!
(Cuando Rosamunda se irrita al oir el secreto que le confia su nodriza, se oye ligero rumor dentro. Se presenta Ernestino. Rosamunda le sale al encuentro, agitada y llorosa. Maria queda en primer término, significando en su semblante el arrepentimiento de haber provocado el malestar de su señora.)
¡Ay del que dá
crédito al vulgo!

ESCENA IV.

ROSAMUNDA, MARIA, ERNESTINO.

ROSAM. (Al paje, en segundo término.)
¿Conque...
(Respirando con dificultad.)
conque es verdad? ¡Qué ventura!
¡Ay, paje, Dios te bendiga!

ERN. Y tan verdad, que ya el Conde...

ROSAM. ¿Qué?...

ERN. Ved! Llega. (Vánse Ernestino y Maria.)

ESCENA V.

ROSAMUNDA, el CONDE.

ROSAM. (Saliendn al encuentro de su padre.)
¡Cielos! (Gozosa.)
CONDE. (Abrazándola.) ¡Hija!
ROSAM. De gozo y de pena á un tiempo
el corazon me palpita.
CONDE. De gozo, de gozo sea;
nada de penas me digas.
ROSAM. Vos, señor, á quien el pueblo
«su oráculo» llamó un dia...
¡hoy sufris esos ultrajes!
¡hoy amaga vuestra vida!
Á Dios le pido que temple...
CONDE. Á la Justicia Divina
cansar no deben los hombres
mientras que tengan justicia.
ROSAM. ¿Pero esa gente?...
CONDE. Unos pocos
insensatos que se ligan,
no componen el gran pueblo
de mi Venecia querida.
ROSAM. Sobran esos para daros
pérfida muerte.
CONDE. Mezquina,
cobarde y aleve turba,
con la careta atrevida,
lanzándome sus denuestos,
provocó la saña mia.
Uno me insulta; á sus voces
se mezclan voces distintas;
algunos con fiero encono
me cercan y me hostilizan;
cien puñales en el aire,
nuncios de muerte, me hostigan;
apenas puedo en mi afan
desenvainar la cuchilla;
la blando al fin, me defiendo,
crece por grados mi cuita,

mis enemigos me cercan,
hiero, me acosan, me irritan,
cuando, de súbito, miro
que algunos huyen, y brilla
la espada de un caballero,
que combate por mi vida...
Intrépido se distingue,
y en la mortífera lidia
á diestro y siniestro hiere,
su noble ardimiento admira,
aterra á los asesinos,
que dispersa, que intimida,
y cien máscaras y ciento,
espectadoras tranquilas,
en honra del vencedor
el aire pueblan de vivas.

ROSAM. ¡Ah, padre! (Estrechándole.)

CONDE. El valiente jóven
es...

ROSAM. ¿Quién es... Decidme...

CONDE. (Contemplándola gozoso.) Mira.

ROSAM. ¡Manfredo!
(Aparece y baja al proscenio.)

CONDE. (Con júbilo.) Tu esposo.

MANF. (Con efusion.) ¡Nombre
que colma ya mi delicia!
Y vos, Conde, ¿sin lesion
quedasteis?... (Con vivo interés.)

CONDE. ¡Si, Dios me auxilia!

ESCENA VI.

ROSAMUNDA, el CONDE, MANFREDO.

MANF. ¡Con cuánto placer os miro! (Á los dos.)

CONDE. Bien. Manfredo, hoy es el dia
en que celebrar queremos
tu entrada en nuestra familia.
Estás en tu casa.

MANF. (Con sumo gozo) ¡Conde!
vos anticipais mi dicha.
(El Conde le saluda con afectuosa ternura: Manfredo

le acompaña hasta que sale de la escena; luego vá, enajenado, adonde está Rosamunda, que se ha quedado en primer término. Manfredo se detiene al verla indecisa, se contemplan un momento, sobresaltados los dos.)

ESCENA VII.

ROSAMUNDA, MANFREDO.

ROSAM. Manfredo, contra los dos
la desgracia se conjura:
opónese á mi ventura
y á vuestra ventura... ¡Dios!
Sed, cual valiente, discreto,
diciendo que os acomoda
desbaratar esta boda.

MANF. ¿Y la causa...

ROSAM. Es un secreto.

MANF. ¿Que debo solo ignorar!

ROSAM. Si. (Pausa.)

MANF. Rosamunda, imagino...

ROSAM. (Interrumpiéndole.)
Que en el mundo es mi destino
llorar, Manfredo, llorar.

MANF. Á la guerra me mandaste,
lidié por obedecerte.
Cuando iba en pos de la muerte...

ROSAM. (Con orgullosa satisfaccion.)
De gloria te coronaste;
¡venciste!
(Despues de este verso, Rosamunda le contempla con lánguida mirada de angustia: cúbrese el rostro con ambas manos. Cuando le dice Manfredo que ha vuelto «con honor,» le contempla de nuevo entre indecisa y satisfecha. En Rosamunda ha de pintarse siempre, respecto á su amante, la lucha terrible entre su amor, que es inmenso, casto, puro, y la conciencia que tiene de que Manfredo es indigno de ser su esposo, porque le cree criminal.)

MANF. Entusiasmo ardiente
me vuelve aqui con honor,

pensando que apresta Amor
sus mirtos para mi frente;
y cuando á tus plantas llego
tan solo encuentro ¡Dios mio!
indiferencia y desvio
en premio de tanto fuego.

ROSAM. ¡Manfredo! (Con amor y pena.)

MANF. (Con dulce reconvencion.) Yo te creia:
obediente no dudé.
¿Es que perdiste la fé
que un tiempo en tu pecho habia?

ROSAM. No me acusen sin razon
tus ofensivas palabras,
que asi mi tormento labras
y matas mi corazon.
Huérfano y pobre te ví,
te quise huérfano y pobre,
y aunque hoy riqueza te sobre
no la quiero para mí.

MANF. (Apasionadamente.)
Pues bien, Rosamunda bella,
mi riqueza cederé...

ROSAM. (Despues de dudar y con resolucion.)
Y yo no me casaré
con riqueza, ni sin ella.

MANF. ¿Quieres entonces que yo
me desespere y confunda?
¿Quieres que yo, Rosamunda,
espire de celos?

ROSAM. (Con amargura.) No.

MANF. Me correspondes muy mal,
y concebir yo no puedo...

ROSAM. Respeta, por Dios, Manfredo,
mi arcano negro y fatal.
Yo te amaba... (Con pasion.)

MANF. (Con sarcástica mirada.)
¡Tú!

ROSAM. Te amaba
con insólita ternura,
y era tu amor mi ventura
y el bien mayor que anhelaba.
En mis dulces ilusiones

y de la noche en la calma,
pensé que al formar un alma
la dieron dos corazones.
Al Eterno en mi oracion
gozosa me dirigia,
porque asi formado habia
corazon y corazon.
Siempre tu voz en mi oido,
siempre tu imágen aqui... (En el pecho.)
Eras, Manfredo, ¡ay de mí!
mi espíritu, mi sentido.
En este pecho sensible
estaba perenne oculto,
el objeto de mi culto,
grande, ideal, indefinible.
Por amarte respiraba,
yo respiraba por verte,
y nunca temí la muerte
porque ella nos igualaba.
(Pausa, durante la cual Manfredo la contempla conmovido de ventura, pero tímido, indeciso, como todo el que ama vehementemente y no se atreve, ni aun con una mirada, á profanar al ídolo de su pasion. Rosamunda dice sus otros cuatro versos con la triste amargura del que lamenta un bien perdido.)
¡Con tan bella idealidad
comprendia yo tu amor,
anticipado esplendor
del cielo y su eternidad!

MANF. (Tomándola una mano con sumo respeto.)
¡Rosamunda!

ROSAM. (Desencantada.) ¡De mi gloria
no queda ni la esperanza!

MANF. ¡Quién impide nuestra alianza?

ROSAM. ¡Era una dicha ilusoria!

MANF. Si me contemplas indigno
de tanto bien alcanzar,
tú veras cómo á esperar,
si lo mandas, me resigno.

ROSAM. ¡Tú! (Compasivamente.)

MANF. (Apasionado.)
Dispon.

ROSAM. Te compadezco.
¡Ay! me horroriza esa mano.
(Dice este verso al acercársele Manfredo. Él se retira ofendido, sin saña, pero con noble altivez.)

MANF. ¡Señora!

ROSAM. Si, me estremezco.
Camaldano, yo no sé (Reponiéndose.)
lo que está pasando en mí.
El alma dice que sí,
secreta voz dice...

MANF. ¿Qué?
(Manfredo la interroga con la ansiedad de la incertidumbre. Ella responde con desencanto, moviendo la cabeza, que «no.»)
(Separándose á cierta distancia.)
¡Ah! Pedir como un favor
amor que merezco tanto...
primero... me ahogara en llanto,
y me muriera de amor.
(Mientras pronuncia estos últimos cuatro versos entra en escena un Paje, que trae en una pequeña bandeja de plata una flor de pensamiento: colócase entre Rosamunda y Camaldano.)

ESCENA VIII.

ROSAMUNDA, MANFREDO, PAJE.

PAJE. El Conde Ascanio os dedica
afectuoso este presente.
Que le admitais indulgente
mi noble señor suplica.
Símbolo de la pasion,
que es su dicha y su tormento,
en vez de este pensamiento
os mandara el corazon.

MANF. (Poniéndose entre Rosamunda, que se queda confundida, y el Paje.)
¿Me conoces?

PAJE. (Inclinándose respetuoso.) Ciertamente.

MANF. Pues dile, Paje, á tu dueño,
que tambien yo tengo empeño

en mandarle este presente.
(Quítase el guante de la mano izquierda, arrójale sobre la bandeja. El Paje saluda y váse. Momento de silencio.)

ESCENA IX.

ROSAMUNDA, MANFREDO.

ROSAM. (Dirigiéndose á Manfredo.)
¡Jesucristo!
MANF. (Con angustia.) Ni un acento.
Sois la serpiente traidora
que al pajarillo devora
con el iman de su aliento.
ROSAM. Manfredo, vuestro delirio
os altera de tal modo,
que atropellando por todo
haceis mayor mi martirio.
Nuestra union, que en algun dia
hubiera mis glorias hecho,
ora será de mi pecho
la continuada agonia.
MANF. (Arrepentido de su ligereza.)
¡Oh! mi bien, si te ofendí,
perdona mi torpe yerro.
ROSAM. Caballero, soy de hierro.
No soy la misma que fuí.
Tomad mi mano... (Con amargura.)
MANF. ¡Oh suplicio!
ROSAM. Mas al llevarme al altar,
sabed que será llevar
la víctima al sacrificio.
(Sale con majestad, dejándole anonadado.)

ESCENA X.

MANFREDO.

¡Se cansa de mí la ingrata!
¡Acaso me hace traicion!...
¿Será verdad? Necesito

salir de esta duda atroz,
y al amante, que dichoso
mi único bien me robó,
le arrancaré ¡vive Cristo!
palpitante el corazon.
(Al salir, despechado, encuéntrase á Salviati, que le detiene. En toda esta escena Manfredo procede segun su carácter ardiente, impetuoso, fiero. Salviati sarcástico, incisivo, le exaspera con sus ironias, Manfredo no se abate, pero sí se conmueve y hasta se confunde. Téngase presente que siendo Manfredo impetuoso como jóven, no se aterra por miedo á las insidiosas palabras de Salviati, sino por la enormidad del delito que le atribuye.)

ESCENA XI.

MANFREDO, SALVIATI.

SALA. Tened el paso.
MANF. Venid.
SALV. ¿Dónde vais?
MANF. Salgamos fuera
y os lo diré.
SALV. Bien quisiera. (Pausa.)
Pero, ¿vamos á una lid?
MANF. Eso.
SALV. ¿Con vos? (En tono despreciativo é irónico.)
MANF. ¡Caballero!
SALV. Mas ¿qué acontece?
MANF. Salgamos,
y mientras los dos callamos
hablen acero y acero.
SALV. De mi valor...
MANF. No dudé.
Conclúyase la cuestion...
SALV. Á su tiempo.
MANF. ¿Qué razon?...
SALV. Con mas calma os lo diré.
MANF. Decid que os brinda el amor
su bella senda florida,
y que estimais vuestra vida...

SALV. Mucho la estimo.—Señor,
los celos os vuelven loco.
Me mandasteis vuestro guante,
y si no hay razon bastante,
no riño yo por tan poco.
Vuestro tio...
MANF. (Ansioso.) ¿Qué?
SALV. Murió.
á manos de un asesino,
y pronto, pronto el sobrino
su aciaga muerte olvidó.
(Señal de impaciencia en Manfredo.)
¡Pero estais tan demudado!
(Mostrándole un pequeño puñal.)
¿Conoceis?...
MANF. ¡Mi cifra! Es mio.
SALV. Dió la muerte á vuestro tio
y está en su sangre bañado.
MANF. (Altamente sorprendido.)
Pero, ¿cómo?...
SALV. (Señalando con la accion lo que describe)
Estaba allí
la víctima, cerca yo...
MANF. ¿Y el matador?
SALV. (Con sonrisa maligna.)
Se ocultó.
MANF. ¿Conocéisle?
SALV. (Como antes.) Creo que si.
¡Oh! tiene de mí señal
que habrá de durarle... es llano...
MANF. ¿Dónde, Salviati?
SALV. (Señalándole á la mano derecha.)
En la mano.
MANF. (Levantando la que señala Salviati, y con suma naturalidad.)
¿En esta mano?
SALV. Cabal.
Para la guerra partisteis,
rico tesoro ofreciendo
al que encontrara...
MANF. (Con creciente ansiedad.) Os entiendo.
SALV. Y de la guerra volvisteis...

MANF. Mas ¿quién es?... (Desesperado.)
SALV. ¿El asesino?
MANF. Si, pronto.
SALV. Yo me prometo
averiguar el secreto. (Pausa.)
MANF. Con vos no seré mezquino,
porque me dais á entender...
SALV. Quiero decir, que embriagado
con tanto triunfo alcanzado,
os olvidasteis de ayer.
MANF. ¡Oh! (Impaciente.)
SALV. (Pretendiendo imponerle.)
¡Vuestra mente no encierra
un pensamiento querido
para aquel que yace hundido
yerto cadáver en tierra!
Manfredo, si generosa
os protege la ventura,
y en limpio cielo fulgura
vuestra estrella esplendorosa,
temed que la tumba deje
la sombra del noble anciano,
y con fatídica mano
de tanta dicha os aleje.
Lúgubre espectro sangriento
presidirá vuestra union,
y os llenará el corazon
de luto y remordimiento.
MANF. ¡Lidiaremos!
SALV. No. Primero
con vuestro deber cumplid,
y luego en honrosa lid
con vos mediré mi acero.
Mas en tanto que vengado
no descanse vuestro tio,
jamás el estoque mio
al vuestro vereis cruzado.
MANF. Solo podemos hablar
de nuestros ódios.
SALV. No.
MANF. Si.
Conque, decídase aqui

quién debe á quién de matar.
SALV. Os disculpan vuestros años,
pues yo sé, por experiencia,
que el mundo no dá su ciencia
sino dando desengaños.
MANF. ¡Oh, cielos! ¿Qué miro en vos
que detiene?... (Moderándose.)
SALV. No os asombre.
Momentos hay en que al hombre
su inspiracion le dá Dios.
MANF. ¡Conde Salviati! (Queriendo detenerle.)
SALV. Borron
caerá, que, con mancha inmunda,
al Conde y á Rosamunda
cubra de luto y baldon.
Tengo, Manfredo, certeza
de que estais pisando en falso...
¡Ensangrentando el cadalso
caerá una ilustre cabeza!
(Salviati, airado, dice las últimas palabras en actitud de salir del teatro. Manfredo no se decide á detenerle, porque á este mismo tiempo sale el Conde de Guarini por la puerta lateral de la izquierda y se dirige á la escalinata, á la cual atracan varias góndolas, de las que desembarcan damas y caballeros que, á su tiempo, bajan al proscenio.)

ESCENA XII.

MANFREDO, el CONDE, CABALLEROS.

MANF. (De espaldas para los que estan en el fondo.)
¡Ese sarcasmo glacial!
¡ese hablarme con imperio!
¡su mirada, su misterio,
y con mi cifra el puñal! (Medita.)
¡Y he de abatirme, despues
de lauros y glorias tantas,
yo, que he postrado á mis plantas
el orgullo genovés?
¡Yo, que impávido al lidiar
no dí al temor vasallaje,

y que con placer salvaje
me columpiaba en el mar!

ESCENA XIII.

MANFREDO, el CONDE, CABALLEROS, ROSAMUNDA, DAMAS.

El Conde saluda afectuosamente á los personajes que han desembarcado: señalando á su hija dice á uno de los caballeros los versos que tiene señalados. Rosamunda sale por la puerta de la derecha. Está melancólica, abatida. La exclamacion que la dirige su padre la saca de su estupor, y deja maquinalmente que Manfredo la tome de la mano y la conduzca al centro del teatro, en medio de los concurrentes.

CONDE. Radiante está de hermosura
y yo de felicidad.
¡Oh! caballeros, entrad
á contemplar mi ventura.
Señores, será el festin
á mi placer. ¡Hija mia! (Con júbilo.)
(Tomándola de la mano se la presenta á Manfredo. Este la recibe, Rosamunda se deja conducir, y mientras su padre saluda á los convidados, atraviesa, rápidamente y bajo, con Manfredo, los versos que pintan la angustia de su corazon.)

MANF. ¿Qué tienes? (Bajo y con bondad.)
ROSAM. ¿Qué? La agonia
del que al suplicio vá al fin.
MANF. ¿Por qué con tal acritud
me tratas? ¡Tiembla tu mano!
ROSAM. No hay ventura, Camaldano,
en donde falta virtud.
(El Conde se le acerca, y dominando Rosamunda su dolor, aparenta serenidad y alegria. Óyense vivas, murmullos, música en las aguas que lamen el pie de las escalinatas del palacio. De las góndolas desembarcan varios máscaras. Al compás de la música y de la alegria popular atraca una magnífica góndola, de la cual desembarca el Dux, rodeado de senadores, soldados, etc. Un paje lleva en una pequeña bandeja, cubierta con paño de terciopelo carmesí bordado de oro, una corona de laurel.)

ESCENA XIV.

MANFREDO, el CONDE, ROSAMUNDA, DAMAS, CABALLEROS, DUX, SENADORES, SOLDADOS, MÁSCARAS, PUEBLO.

UNA VOZ. ¡Viva Manfredo!
(Mientras desembarca el Dux y llega al centro del teatro se dicen los versos en que se dan vivas á Manfredo. Cuando el Dux está en su puesto cesa la música en las góndolas.)
PUEBLO. ¡Viva!
CONDE. Escucha, Conde,
el júbilo del pueblo.
MANF. (A Rosamunda.) ¡Luz del alma!
PUEBLO. ¡Viva! ¡viva!
MANF. (Inclinándose ante el Dux.)
Señor...
DUX. (Á la multitud.) Le corresponde
de espléndido laurel heróica palma.
(Á Manfredo.)
Plácida senda de gallardas flores,
alfombra os brinda en la marcial carrera,
y al batir de los roncos atambores
Venecia extiende su triunfal bandera.
La patria, en justa gratitud, os debe
el premio de ese bélico ardimiento...
Os elige... (Dirigiéndose al Conde.)
CONDE. (Inclinándose.) Mandad.
DUX. Para que eleve
vuestra mano á su gloria el monumento.
Vos sois el padre de la noble dama
de príncipes y reyes pretendida,
pero Venecia para sí reclama
la rica flor en su jardin nacida:
y cuando el gozo á nuestra patria inunda,
y á Camaldano vencedor pregona,
espléndido floron es Rosamunda
debido del guerrero á la corona.
CONDE. Comprendan los patricios del senado
y el Dux Faliero, que mi gloria fundo
en premiar yo tambien al gran soldado,

cuyos hechos aplaude absorto el mundo.

MANF. Rubor me dá ese elogio.—Yo el primero
volaré como bueno á las batallas;
blandiré por mi patria fuerte acero,
vestidas siempre las tupidas mallas.
Venga, si quiere, la desgracia impia,
mas nunca mire al extranjero yugo
doblar el cuello la Venecia mia,
llorando ante los pies de su verdugo.
La república osada, que altanera
provocó temeraria nuestra saña,
ha visto que triunfó nuestra bandera
unida al régio pabellon de España.
Antes que el cuello al opresor se doble
con vil temor ó vergonzoso ruego,
perezca el que haya corazon de roble,
entre escombros y ruina, y sangre y fuego.

(Murmullos de aprobacion en la multitud. Sonido de músicas muy á lo lejos.)

DUX. Repite el pueblo en su entusiasmo ardiente
himnos do quiera de contento y gloria,
y coloca el senado en vuestra frente
magnífico el laurel de la victoria.

(Toma la corona que lleva el Paje y la presenta á Manfredo. Este la acepta, y despues de saludar al Dux, se dirige á Rosamunda.)

MANF. Gracias, gracias, señor. La patria vea
en tu cándida frente mi corona;
tú animaste mi brazo en la pelea,
mi voz ardiente tu virtud pregona.
Tuyo es mi lauro.

(Dobla la rodilla y se le presenta.)

ROSAM. (Modestamente.) Me confundes.

(Al recibir la corona, se interpone un máscara, que no se descubrirá en todo el acto; este máscara es el Conde Salviati. Al verle dá Rosamunda un grito de terror, acompañado de la exclamacion que tiene marcada.)

¡Cielo!!!

SALV. Sangre, señora, á vuestras plantas miro
que haceis brotar al oprimir el suelo,
y vaga por los aires el suspiro

de un alma justa arrebatada al mundo.
Ese quejido aterrador que lanza,
lo repite ese pueblo, que, iracundo,
conmigo viene á demandar venganza.
¡La ley tan solo en nuestra patria impera!
(Dice este último verso con mucho brio. Murmullos de aprobacion en el pueblo. Rosamunda se queda anodada con la corona en la mano. El Conde está absorto, asi como todos los demas concurrentes.)

MANF. (Queriendo blandir su espada.)
¡Castigo tenga su infernal malicia!

SALV. ¡Amparo de su Dux el pueblo espera!
Justicia. (Murmullos, tumulto.)

DUX. (Con energia.) ¡Guardias!

MANF. (Con fuego.) ¡Noble Dux! ¡Justicia!!!
(El pueblo grita ¡viva Manfredo! la música suena en las góndolas como antes. El Dux levanta el brazo derecho en actitud de imponer silencio á los que contienden. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara pequeña. Puertas al fondo y laterales. Balcon á la iz quierda. Mesa con recado de escribir. Espejos, jarrones con flores, muebles de lujo. Tarde.

ESCENA PRMERA.

MARCOS, LUDOVICO.

El primero entra, dejando al segundo en la puerta del fondo; mira por las que comunican al interior y volviendo adonde quedó el niño, le toma de la mano y le trae al primer término.

MARCOS. Tampoco está.
LUDOV. ¿Quién?
MARCOS. Entremos,
ha de venir.
LUDOV. Padre mio,
os miro desazonado.
¿Qué acontece?
MARCOS. ¡Ludovico!
que Dios te conserve siempre
ese corazon de niño
tan casto y puro.
LUDOV. ¿Y á quién
buscamos en este rico
palacio?
MARCOS. Quiero ponerte

bajo el noble patrocinio
de una mujer, de una anciana
respetable.

LUDOV. (Con disgusto.) ¡Á los caprichos
de una extraña, pretendeis...

MARCOS. ¡De una extraña?—Escucha.—Tipo
es la mujer de bondad;
el hombre de ella ha nacido,
con su sangre le alimenta,
le ampara con su cariño,
le eleva, le purifica
cuando le manchan los vicios,
y ennobleciéndole el alma
le conduce al heroismo.

LUDOV. ¡Y por eso han de ser todas
tan santas como habeis dicho!

MARCOS. La que nos ama, consuela
nuestro espíritu abatido,
y nuestras faltas olvida,
y, con bondad y con juicio,
mostrando su error al hombre,
le liberta del martirio,
del tédio, de la soberbia...
La que con necio capricho
en vez de templar las iras
de su infelice marido,
orgullosa le abandona
del desencanto al suplicio,
no es la mujer que practica
la moral de Jesucristo.
Donde la mujer es mala,
perdido está el hombre, hijo,
porque ella le vence siempre
con sus encantos y hechizos.
Su madre, que un ángel era...

LUDOV. Me hareis llorar, padre mio.

MARCOS. (Le abraza con ternura, y como mudando de tono y de ideas, le dice:)
Voy á entregar al cuidado
de cierta anciana... Designios,
que revelarte no debo...
me obligan...

(No puede contener sus lágrimas: el niño se arrodilla, Marcos, que estará sentado, pónese en pié, se descubre, levanta los ojos al cielo, y extendiendo las manos sobre la cabeza de su hijo, exclama:)

¡Yo te bendigo!
¡Señor, Señor! Tú, que cuidas
de la existencia, lo mismo
del hombre, á tu imágen hecho,
que del insecto, perdido
á nuestra vista en el polvo,
ampara á este pobre niño
que ha de quedar en el mundo
á merced de su destino!

(Despues de una pausa, el chico se levanta, su padre se le sienta en las piernas, y le dice con dulce bondad, acariciándole, componiéndole los rizos, besándole, en fin, al terminar los consejos que le dirige.)

Todo en la tierra es miseria
con oropel y con brillo;
la virtud tan solo es grande,
¡y la virtud es Dios mismo!
Si quieres el triunfo, lucha;
resiste fuerte á los vicios,
y no serán nunca grandes
si sabes vencer los chicos.
El interés no te guie,
escoge bien tus amigos,
si en la desgracia no quieres
que te pongan en olvido.
Habla poco y oye mucho,
la lengua es mal enemigo;
para vencer á los otros
véncete antes á tí mismo,
pues con la vara que midas,
con esa serás medido!

LUDOV. ¡Ah, padre, padre del alma!
MARCOS. (Asustado.)
Gente viene. De este sitio
salgamos, y volveremos... (Azorado.)
LUDOV. ¡Padre! ¿Por qué?
MARCOS. (Contemplándole con pesar.) ¡Ludovico!

Cuando la conciencia sufre,
cuando este no está tranquilo, (El corazon.)
donde quiera piensa el hombre
que le cercan enemigos.
(Quiere marcharse, y se presenta Maria por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

MARCOS, LUDOVICO, MARIA.

MARIA. ¡Hola! muy bien. ¿Qué acontece?
¿Por qué os poneis amarillo?
MARCOS. Pensé que era otra persona.
MARIA. ¡Un moceton está el niño!
MARCOS. Os recomiendo, Maria....
MARIA. No hablemos mas de lo dicho,
todo corre de mi cuenta.
(Llamándole aparte y con misterio.)
¿Sabeis lo que ha sucedido?
MARCOS. No. ¿Qué pasa?
MARIA. Que las gentes,
sin respeto ni sigilo,
han dado en decir que el Conde
es un infame asesino.
MARCOS. ¡Cómo!
MARIA. Marcos, lo que ois.
Difunden que él fué quien hizo
asesinar á Cambrine,
para que luego el sobrino
casara con Rosamunda.
MARCOS. (Con vehemencia.)
Es inocente.
MARIA. Me indigno
de la torpe ligereza
con que juzgan á un patricio,
por su valor y virtudes,
como el que mas, distinguido.
El vulgo del pueblo es siempre
en todas partes el mismo.
MARCOS. Ludovico... (Agitado.)
MARIA. Ya os entiendo.

Cual si fuera nieto mio
le trataré. Pero, ¡calle!
si estoy segura que hoy mismo
os vuelve á llamar el conde.

MARCOS. No lo creo... (Vagamente.)

MARIA. Yo consigo
con Manfredo, cuanto quiero.
(Con dulce sonrisa y mirada expresiva.)
¿Y con que ese briboncillo?...
(Mudando de tono y con curiosidad.)
Mas, permitidme que os diga
que la razon no concibo,
que tuvo el conde Cambrine
para lanzaros... os quiso
como á un hermano, y os tuvo
en su casa como amigo,
que no como asalariado.
¿Me explicareis el motivo?...

MARCOS. Ni aun acordarme quisiera...

MARIA. Pues curiosidad no ha sido
mi pregunta.— ¿No erais vos
de una edad, casi mellizo
del conde?

MARCOS. Si... (Violentándose.)

MARIA. ¿No criasteis
á su herededo y sobrino?

MARCOS. Si... (Como antes.)

MARIA. Entonces...

MARCOS. (Impaciente y aludiendo á su hijo.)
Ved...

MARIA. (Con impertinencia.) Muchas veces,
¿no os regalaba vestidos?...
Mas, ¿qué es lo que estoy diciendo?
El mismo Manfredo, el mismo
que hoy os tiene abandonado,
entonces, por vos solícito,
¿no os regalaba su ropa?

MARCOS. Señora... (Con embarazo.)

MARIA. ¡Si yo os he visto
lucir un traje de gala
de Manfredo!

MARCOS. Ludovico...

MARIA. ¡Hasta sus armas tambien
habeis un tiempo ceñido!
Pues si con tal distincion
os trataba...

MARCOS. Ved...

MARIA. Colijo
que no hay razon para odiaros,
si sois, como siempre, el mismo,
en punto á honor y virtud,
y á discrecion y cariño.

MARCOS. Señora... (Queriendo marcharse.)

MARIA. (Deteniéndole con petulancia.)
Nada, explicadme
por qué causa habeis reñido
con Manfredo.

MARCOS. ¿Yo? ¡con él!

MARIA. Mal pregunté, con su tio,
ya difunto.

MARCOS. (Airado.) ¡Miserable!

MARIA. (Santiguándose.)
¡Jesus! ¡Jesus!

LUDOV. (Adelantándose.) ¡Padre!

MARCOS. (Dominándose.) ¡Hijo!
(Despues de apaciguar á Ludovico, toma de la mano á Maria, la lleva á un ángulo del teatro, y le dice bajo, con reprimida y mas disimalada saña.)
¡Solo un hombre sufrir pudo
que le ultrajara un inícuo,
dándole de bofetadas
en el rostro!...

MARIA. (Con miedo.) ¡Jesucristo!

MARCOS. Ese era el hombre, modelo
de paciencia y heroismo.

MARIA. ¡Pero si estais tan sañudo!...

MARCOS. Silencio, bajo.—Si el mismo
Camaldano, pretendiera...
pretendiera... No repito
las frases que me sonrojan,
porque hay palabras...

MARIA. (Trémula.) Suplico...

MARCOS. Que nos hacen en el alma
el daño de un basilisco.

MARIA. ¡Ah!
MARCOS. Callad, callad, señora,
y olvidad lo que os he dicho.
MARIA. Si, Marcos...
LUDOV. (Lloroso.) ¡Padre!
MARCOS. Fingid,
que me asustasteis á mi hijo,
y al que nació desgraciado,
pesares no le anticipo.
Siento pasos.
MARIA. Marcos, idos;
ved, por aqui. (Puerta de la izquierda.)
Me precisa
que volvais, os necesito.
Volved por allí. (Puerta del fondo.)
MARCOS. (Pesaroso.) Señora...
LUDOV. Adios, señora...
MARIA. Adios, hijo.

ESCENA III.

MARIA, MANFREDO, por la puerta del fondo.

MARIA. ¡Oh, qué soberbio!
(Á Manfredo con cariño.) ¿Á qué viene
tan extraña pretension,
si tomareis posesion
antes de mucho? ¿Conviene
que entreis, señor, hasta aqui?
Pudiera enojarse. Ved,
solo media una pared.
Rosamunda duerme allí,
esa es su alcoba.
(Señala para la puerta de la derecha.)
MANF. (Apesadumbrado.) Maria,
su modo de proceder...
MARIA. ¡Válame Dios! es mujer,
y todas tienen mania
de distinguirse por algo.
MANF. Eso puede hablar con mil,
¡pero con ella!...
MARIA. (Gozosa.) ¡Gentil

respuesta!

MANF. ¡En su pecho hidalgo
no cabe vulgar ficcion;
á ser necia equivaliera,
y en ella triunfante impera,
no el capricho, la razon.

MARIA. Aplaudiros es preciso
cuando en el tema otros dieron,
de que por Eva perdieron
los hombres el paraiso.
La que alcanza vuestro amor,
el oro del mundo vale,
porque en ella sobresale
la gracia de su pudor.
Y bien merece la palma,
porque debe la mujer,
segun el Apóstol, ser...

MANF. ¿Qué?

MARIA. Santa de cuerpo y alma.
Pero estais incomodado...
con franqueza, ¿qué quereis?
Y prontito, no dudeis...

MANF. ¿Vendrá?

MARIA. Sin duda: ¡ha tardado!
Sois, cómo siempre, orgulloso,
y no quereis confesar...

MANF. ¡Maria! (Con expresion de pena.)

MARIA. ¿Quién puede amar
y no ser?...

MANF. ¿Qué?

MARIA. ¡Muy celoso!

MANF. Es verdad. Pero algo pasa,
algo en su pecho ha podido
la insidia del que ha querido
manchar mi honor en su casa.

MARIA. ¡Eh! ya lo habeis dicho: insidia
de la calumnia. Iracundo
soltó Cain en el mundo,
¡y aun anda suelta! ¡la envidia!

MANF. ¿Dónde escribe?

MARIA. Escribe aqui.

(Vá á la papelera, se detiene, duda, quiere regis-

trarla, se domina.)
¡Hola! ¿qué pensais hallar?
Eso, señor, es dudar,
y el que duda.... ¡pésia á mí!

MANF. Mil pensamientos villanos
me atosigan de tal modo,
que este corazon de lodo
le estrujara entre las manos.
Yo quiero verla, Maria,
quiero saber de su boca
por qué en su pecho de roca
se estrella el amor de un dia.

MARIA. Vaya, señor, ¡qué simplezas!
Paréceme que doblais
en cariño, y triplicais
en caprichos y rarezas.
¿Pues no lo son, ¡mal pecado!
contra justicia y razon,
querer en un panteon
ser ante Dios desposado?
¿Cómo hacer que Rosamunda,
toda vida y juventud,
en torno de un ataud
la matrimonial coyunda
reciba? Siendo de flores
ese lazo bello y pulcro,
junto al vapor del sepulcro
marchitará sus verdores.
¡Elegir un cementerio!
No, me mantengo en lo dicho;
eso pasa de capricho.
Mirad que es asunto sério,
y que al corazon mas fuerte
honda le hiciera la herida,
haber de entrar en la vida
por la senda de la muerte.

MANF. Cuando mi tio en su lecho,
con mirada entristecida,
teniendo mi diestra asida,
se recostaba en mi pecho
momentos antes de dar
el suspiro postrimero,

«Manfredo, me dijo, quiero
»tu dicha eterna labrar.
»Yo, que célibe he vivido
»á goces de amor extraño,
»por huir de un desengaño
»víctima de mil he sido.
»No sigas tú mi opinion,
»y escoge una compañera:
»la felicidad te espera
»si Dios bendice tu union.
»Del avaro en la agonia
»los parientes no se duelen,
»y hacer insensatos suelen
»sobre su tumba una orgia.»
Murió. (Con pesadumbre.)

MARIA. (Suspirando.) ¡Que en la gloria esté!

MANF. Me trató con desamor,
mas no le guardo rencor.

MARIA. ¡El Señor su premio os dé!

MANF. Cerrado tengo el oido
á todo recuerdo odioso,
que está en la tumba el reposo
y le custodia el olvido.
A mí el temor no me asombra,
y asi, desposarme quiero
junto al sepulcro, en que espero
se alce invisible la sombra
de aquel anciano, á gozar
de mi ventura, que él labra.

MARIA. Pues, señor, ni una palabra
hay que añadir ni quitar
á lo que Marcos me dijo.

MANF. ¡Marcos! ¿Qué Marcos?

MARIA. Señor,
¿quereis hacerme un favor?
Y sí me le hareis, de fijo.
Marcos...

MANF. Di, ¿pero es acaso?...

MARIA. El ayo vuestro.

MANF. (Con disgusto.) ¿Qué quiere?

MARIA. ¡Os ama tanto! Se muere
por vos. Yo doy este paso...

(Á una muestra de desagrado de Manfredo, añade Maria.)

¿Qué os hizo ese pobre?

MANF. Nada,

me molesta... sin razon...
mas hay en mi corazon
cierta repulsa... me enfada...

MARIA. ¡Cuánto disgusto os inspira!
¡Él os ama desde niño!

MANF. (Inventando acusaciones, con vaguedad, como el que no tiene razon evidente para rechazar á una persona, y, sin embargo, la vé con instintiva repugnancia.)

Abusa de mi cariño,
con arrogancia me mira. (Pausa.)
Que parta ese desgraciado
muy lejos de mi presencia,
y que evite con su ausencia
mi enojo. Dáme recado
de escribir. (Cambiando de tono.)

MARIA. Tomadlo.

MANF. (Sentándose á escribir.) ¡Cielo,
ilumina mi razon!

MARIA. ¡Eh! ¡No tiene corazon!
(Á cierta distancia.)
¡En amargo desconsuelo
el otro pena sumido!
Él desde niño le cria,
y aqueste olvida en un dia
los años que le ha servido.
¡Ay! el que siembra virtudes,
beneficios y favores,
¿por qué coge, en vez de flores,
cosecha de ingratitudes?

ESCENA IV.

MARIA, MANFREDO, MARCOS.

Marcos se presenta en la puerta del fondo, Maria, cuando él la llama, le toma de una mano, le obliga á entrar en escena, y luego que le convence, se marcha por el fondo. Manfredo escribe, plega la carta, se levanta á entregarla á Maria y encuéntrase frente á frente con Marcos: entonces arroja la carta sobre la mesa.

MARCOS. ¡Maria! (Bajo.)
MARIA. Tened valor;
entrad, entrad.
MARCOS. (Dudando.) Temo que...
MANF. (Escribiendo.)
¡Tan solo hay uno, la fé!
Si dudando de mi amor...
MARIA. Os dejo con él. (Váse.)
MARCOS. Pudiera...
MANF. Dále estas letras, Maria,
que está la ventura mia
en que ella las mire.
(Vé á Marcos y retrocede.)
MARCOS. (Con dulzura.) Espera.
MANF. ¡Marcos! (Entre sorprendido y enojado.)
MARCOS. ¡Manfredo!
MANF. (Con angustia.) ¡Gran Dios!
MARCOS. Despues de tanto tormento
logro, por fin, el momento
de hablar á solas los dos.
¡Huyes de mí! ¡me rechazas!
MANF. Ignoro por qué me altera
tu mirada... Yo quisiera...
no verte... que despedazas
mi corazon. ¡Pero es tanto
mi cariño!
(Marcos vá á tomarle una mano.)
No...
MARCOS. Manfredo,
sigue... sigue...
MANF. No, no puedo.

MARCOS. Deja correr ese llanto,
que publica la bondad
de tu noble corazon.
Si te inspiro compasion,
si merezco tu piedad,
explícito sé conmigo,
porque es dicha cual ninguna
dar en la adversa fortuna
con un generoso amigo.

MANF. No digas que mal te trato,
ni que el orgullo me engrie
porque afable me sonrie
la ventura; ni que ingrato
sordo soy á tu clamor;
ni digas que hablarte evito
porque ya no necesito
encontrar amparador.
No creas que tu presencia
me recuerda lo que fuí,
ni que te alejo de mí
porque logro con tu ausencia
librarme el alma del peso
de tus pasados favores...

MARCOS. ¡Manfredo! (Afligido.)

MANF. (Con bondad.) Marcos, no llores.

MARCOS. ¡Si yo el primero confieso
tu virtud! ¡Si sé que tienes
un corazon cual ninguno!
(Muestra de disgusto en Manfredo.)
Perdona si te importuno.

MANF. Dispon de mí, de mis bienes,
pero nunca de mi nombre;
nunca, Marcos, que el honor
es el tesoro mayor
que tiene en el mundo el hombre.
Si en mi casa te acogiera,
en lucha siempre estaria
conmigo mismo; veria
el recuerdo por do quiera
del noble, indefenso anciano,
que de su casa te echó,
y asesinado murió...

MARCOS. ¿Por quién? ¿Por quién? (Ansioso.)
MANF. De ese arcano
deja sin alzar el velo:
si falta aqui la justicia,
no triunfará la injusticia
ante las puertas del cielo.

(Desde que Manfredo empieza á hablar de su tio, expresa en su semblante la ira que reprime. Cuando Marcos le dice: «¿Por quién? ¿Por quién?» le contempla con saña, de modo, que al decir su último verso, esté encolerizado, al extremo de que imponga respeto á Marcos, quien quiere ir á tomarle una mano y se queda en el centro del teatro, ensimismado por la brusca expresion de soberbia con que Manfredo le rechaza, yéndose por el foro izquierda. Marcos, ya solo, mira á todas partes: su rostro expresa el rencor, la saña, el odio, el deseo de la venganza, y saliendo del estupor que le causa la accion de Manfredo, se abandona á uno de los raptos de su carácter indómito.)

ESCENA V.

MARCOS, solo.

Vá á seguir á Manfredo, este le rechaza. Iracundo, vuélvese al centro del teatro.

¡Conciencia, déjame en paz,
no me persigas sañuda,
misteriosa y fiera y muda,
implacable y pertinaz!
Espectro, vuelve á tu nada;
mas no, maldito, detente...
quiero verte frente á frente...
Al clavarme tu mirada,
no imagines que se aterra
mi varonil corazon,
que tú eres una vision
y yo un puñado de tierra. (Ríese con sarcasmo.)
No te ufanes, pensamiento,
con el poder de tu idea,

que el placer que te recrea
es manantial de tormento.
¡La existencia! Don maldito,
¿para qué te quiero yo
si asi me atormentas? ¡Oh!
si ser feliz necesito
¿por qué pierdo la confianza
hasta en el bien que poseo?
¡Vive Dios! ¡ya saboreo
el placer de la venganza!
¡Que muera, inícuo, que muera!
¡Oh! mundo, no te hundirás
por alguna sangre mas...
Sigue, sigue en tu carrera
hasta el dia en que reviente
el fuego de tus entrañas,
y sumerja tus montañas
en mares de lava hirviente.
Si yo quiero, le confundo...
¡Veremos si entre los dos
apaga la voz de Dios
la voz que levante el mundo!!!
¡Conciencia, déjame en paz,
no me persigas sañuda,
misteriosa y fiera y muda,
implacable y pertinaz!
(Al llegar al último verso parece acometido de un vértigo que le arrastra al crímen; sale del teatro, loco de furor, yéndose por la puerta de la izquierda Antes de que salga de la escena, aparece Ernestino en la puerta del fondo, observa, vé salir á Marcos, y volviéndose para al Conde de Salviati, que le acompaña, le induce con la accion á penetrar en el teatro.)

ESCENA VI.

SALVIATI, ERNESTINO.

ERN. No hay nadie.
SALV. (Con desconfianza.) ¿No? (Dále unas monedas.)
ERN. ¡Dos cequies!
¡Bendito el que los acuña!

Dice aqui: *Sit, tibi, Christe*...
(Leyendo en una de las monedas. Salviati le interrumpe, indicándole que se marche, y él dice.)
¡Cuidado con la vetusta!
(Váse, gozoso, haciendo sonar una moneda con otra.)

ESCENA VII.

SALVIATI.

¡Mágico templo divino,
santuario de su hermosura!
todo en tí guarda el encanto
de la deidad que te ocupa;
y al quebrantar mis pisadas
la calma que reina augusta,
¡ay! me parece que asoma
la imágen de Rosamunda.
Las flores que en sus jarrones
el claro ambiente perfuman;
ese espejo cristalino,
donde el sol de su hermosura
encantado se retrata,
prestando luz á su luna,
todo ¡ay, Dios! vierte en mi sangre
el fuego con que circula. (Pausa.)
Mas con mi amor y mi audacia
secretos temores pugnan.
No debe tardar. La tarde
(Yendo al balcon.)
su lento andar apresura,
y con sus nubes de nácar
el horizonte dibuja.

ESCENA VIII.

SALVIATI, MARIA.

MARIA. ¡Señor conde! (Asombrada.)
SALV. (Con autoridad.) ¿Qué se ofrece?
MARIA. ¡Un hombre, Jesus!
SALV. Concluya

la dueña de santiguarse.

MARIA. Salid, señor conde.

SALV. Nunca.

MARIA. Me obligareis á que grite.

SALV. Veremos.

MARIA. ¿Qué? (En tono de amenaza.)

SALV. No me arguya.
Bien sé yo que Camaldano
cuenta...

MARIA. ¿Qué?

SALV. Con vuestra ayuda.
No cejo.

MARIA. Señor...

SALV. No cejo,
aunque se oponga una furia.

MARIA. Mirad que viene ¡Dios mio!
la señora.

SALV. Es lo que busca
mi corazon.

MARIA. ¡Ah! dejadme...

SALV. (Arrastrándola á sí.)
No atiendo á vanas excusas:
ó me quedo, ó sabe el Conde,
al momento...

MARIA. ¡Suerte cruda!

SALV. Que á Manfredo...

MARIA. (En voz alta.) ¡Por la Vírgen
de los Dolores! ¡Qué angustia!

SALV. Idos fuera.

MARIA. (Gritando.) ¡Señor conde!

SALV. ¡Ira de Dios! ¡Rosamunda!

ESCENA IX.

SALVIATI, ROSAMUNDA.

Á las voces de Maria sale la señora. Maria se vá por el foro, asustada y trémula.

ROSAM. ¡Caballero! ¡caballero! (Reconviniéndole.)
salid al punto.

SALV. Conozco

que mi presencia os ofende...

ROSAM. Ultrajando mi decoro
con accion tan reprensible,
¿quereis cubriros de oprobio?

SALV. Señora...

ROSAM. No admito excusas.
Salid.

SALV. Rosamunda...

ROSAM. Pronto.
¡Petruci! ¡Genaro! (Llamando.)

SALV. ¿Qué?
¿Me injuriareis de ese modo?

ROSAM. Comprended...

SALV. Teneis razon,
si, merezco vuestro enojo.
Hace ya tiempo, señora,
que frenético os adoro,
y he callado y he sufrido,
doliente, apartado, solo.
No era mi amor dulce y tierno,
ni fiebre del amor propio,
ni era un cálculo insensato,
ni era un capricho extremoso.
Era, señora, que el cielo
os dió brillante un tesoro
de entendimiento y virtud
y de beldad por adorno.

ROSAM. ¡Señor conde! (Ruborizada.)

SALV. Yo seguia
la estrella de vuestro rostro,
de amor siendo en la tormenta
esperanzado piloto.
Mientras juzgué á Camaldano
digno del bien que ambiciono,
sufrí tranquilo las penas
de mi destino azaroso.
Mas hoy que un crímen...

(Á esta palabra cambia Rosamunda la severa expresion de su mirada, por la indagadora y terrible de la duda, la vergüenza y la desconfianza. Mira á todas partes y dice á su interlocutor, con zozobra.)

ROSAM. ¡Un crímen!

SALV. Si, lo sabemos nosotros.
He de impedir vuestra boda,
ó valgo en el mundo poco.

ROSAM. ¡Un crímen!—Hablad, Salviati.

SALV. Nefando, atroz, espantoso.

ROSAM. ¡Cruel! me arrastrais al borde
del precipicio mas hondo...
Dijisteis...

SALV. Que asesinado
murió un anciano virtuoso.
El pueblo culpa...

ROSAM. ¡Á mi padre!

SALV. Y yo al criminal conozco.

ROSAM. ¡Ah! No es él, no, caballero,
no es él!

SALV. Escuchad.

ROSAM. Si, pronto.

(Quédase pendiente de las palabras de Salviati, como si de ellas hubiera de esperarlo todo en la vida.)

SALV. (Con misterio.)
En occidente ocultaba
el sol sus destellos rojos,
y la noche misteriosa
tendia su manto lóbrego.
Abrió sus puertas la iglesia,
llamaba el bronce sonoro,
y en el templo semi-oscuro
penetraban los devotos.
Una jóven y un anciano,
inmediatos uno al otro,
al templo se aproximaban.
Suben ambos al pretorio,
el anciano se detiene,
quédase un momento solo,
y en aquel momento, un hombre
acométele furioso
con una daga en la diestra,
con antifaz en el rostro.
Luchan ambos un instante,
y, con maléfico arrojo,
la daga en el débil pecho
clavóle feroz el monstruo.

¡La dama gritó!
ROSAM. (Cubriéndose el rostro.) ¡Dios mio!
SALV. La dama erais vos.
ROSAM. (Con ansiedad.) Si... como...
SALV. Cambrine el muerto.
ROSAM. (Suplicante.) ¡Salviati!
SALV. Testigos los dos.
ROSAM. ¡Por todo
lo que ameis en este mundo!
Salviati, sed generoso.
SALV. ¡Y mi tormento, señora?
ROSAM. ¡Ah! tambien padecen otros,
nuestras penas partiremos.
SALV. No, señora, no perdono.
El asesino...
ROSAM. Callad,
que á vuestras plantas me postro.
SALV. ¡Sabeis lo demas? (La levanta.) Le sigo,
el pérfido vuelve el rostro
siempre ocultándole; arroja
su rica daga, la cojo,
la mano diestra le hiero,
y en el confuso alboroto
de máscaras, desparece...
ROSAM. ¡Quereis mi vida?
SALV. Os adóro.
ROSAM. (Despues de un breve instante de horrorosa vacilacion.)
No me casaré. (Pausa.)
SALV. Señora,
si haceis feliz á un esposo
honrado y justo, en secreto
sufriré; si para oprobio
de vuestra virtud, con mengua
del honor y del decoro,
se ultraja á la sociedad
y á Manfredo haceis dichoso,
le arrancará mi venganza
la vil careta del rostro. (Yéndose.)
ROSAM. ¡Una palabra!...
SALV. Señora,
habrán de venir muy pronto

cien augustos personajes
para llevar á los novios
ante el altar. Ya sabeis
que yo vuestra casa rondo
desdeñado, pero siempre
ansiando ver esos ojos...
Abajo estaré; llamad
si os es mi auxilio forzoso.
(Váse por el fondo.)

ESCENA X.

ROSAMUNDA.

¡Tened de mí compasion!
(Queriendo detenerle. Pausa.)
¡Oh, Dios mio, su pasion
hasta dónde le extravia!
¡La vida del corazon
arranca del alma mia!
(Con vehemencia, con acento apasionado.)
¡Dudar de aquella alma honrada!
¡De aquella alma idolatrada
que adoro con frenesí!
¡No puedo estar engañada?
Pero ¡gran Dios! ¿no le ví?
(Con la mas honda angustia. Llega á la mesa, vé la carta que dejó en ella Manfredo, la toma, la lee rápidamente.)
«El casto amor ideal (Leyendo.)
»que las almas diviniza,
»la existencia martiriza
»cuando se comprende mal:
»y con lealtad te diré
»que para tanta pasion,
»idioma del corazon
»tan solo hay uno ¡la fé!»
(Representa.)
¡Oh! cómo pude ¡insensata!
con mi sospecha infamar
al que tan noble me trata?...
¿cómo el dolor no me mata...

(Con amargura.)
¡si puede el dolor matar!
¡Allí está!
(Vá al balcon, agita su pañuelo, vuelve á la mesa, toca la campanilla, todo con rapidez.)
Que suba.
(Preséntase Maria. Rosamunda, al verla, le dice como quien ha variado de pensamiento y tomado una resolucion decisiva.)
Vete.

MARIA. ¿Mandas?...

ROSAM. No te necesito... (Váse Maria.)
Si mi honor se compromete,
asi pagar me compete
la pena de mi delito.
(Los versos siguientes los dice con éxtasis de alegria, como quien acaba de obtener la victoria de la razon que lisonjea, sobre la duda que martiriza.)
¡Corazon! tú le defiendes,
tú, que en el fuego te enciendes
de casto amor... ¡ay de mí!
(Con ímpetu de duda que le daña.)
ó del alma no dependes
si el alma no existe en tí.
(Pausa; luego con alegria.)
¡Este es un gozo del cielo!
Es que altiva tiendo el vuelo
libre de humana miseria...
Rasga mi espíritu el velo
de la mezquina materia.
Esta dicha indefinible,
este secreto valor
fuerte, insólito, impasible...
¡Ay! es el poder terrible
que dá la fé en el Señor.
¡Si, manantial de ventura!
Ante mis ojos fulgura
el santo sol de tu fé
que dicha sin fin augura...
mi corazon ¡ay! le vé.
Sí, le miro, brilla, crece,
magnífico resplandece

y sube á los cielos, sube,
y mi espíritu ennoblece
envolviéndole en su nube.
(Vuélvese para el fondo, y se encuentra con Salviati.)

ESCENA XI.

ROSAMUNDA, SALVIATI.

SALV. ¡Me asombra vuestra mirada!
ROSAM. De mi palabra empeñada
me retracto.
SALV. ¿Vos? ¿Por qué?
ROSAM. Porque soy muy desgraciada.
Sin razon ni juicio hablé.
SALV. Presto cambiasteis, señora,
de opinion y pensamiento.
ROSAM. De saber acabo ahora
que fué, conde, engañadora
fascinacion de un momento;
y, sombra tal vez seria
que el cuerpo suyo tomó
engañando al alma mia,
pero él, ¡mentira! diria
que estoy delirante yo.
SALV. Pues yo, señora, cristiano
y de este, no de otros siglos,
juro á Dios que fuera en vano
hablarme, como á un villano,
de duendes y de vestiglos.
¡Oh! lo que mis ojos ven
no ha de persuadirme otro
que es mentira, aunque me den
mil muertes, y aunque tambien
me pusieran en el potro.
ROSAM. Pero el ódio, la malicia
de la humana condicion...
SALV. Para fallar con justicia,
señora, tengo pericia,
es mal juez el corazon.
ROSAM. Pues os respondo eso mismo.

Mirad, conde, este papel. (La carta.)
(Mientras lee Salviati, Rosamunda sigue con la vista los movimientos de su rostro, agitada, pesarosa, trémula de duda. Salviati le devuelve el papel con fria indiferencia.)

SALV. Miedo.
ROSAM. ¡Salviati!
SALV. Eso mismo.
Es que á sus pies vé el abismo,
y teme lanzarse en él.
ROSAM. ¡Señor conde!
SALV. Yo no creo
nada mas que lo que veo.
Os digo, sin vacilar,
que cuando el juez ama al reo
suele dejarse ganar.
Vos, de virtudes dechado,
creereis cualquiera patraña,
porque tiene mucho andado
para quedar engañado
aquel que jamás engaña.
ROSAM. ¡Duplicais mi mal profundo!
SALV. Á vuestro dolor me igualo.
ROSAM. ¡Qué desencanto!
SALV. Me fundo.
Mucho bueno habrá en el mundo.
¡Pero hay tambien tanto malo!
ROSAM. ¿Dudais del honor?
(Suena en el Adriático una música lánguida, lejana.)
SALV. Dudara
si en mi pecho no le hubiera.
ROSAM. Y si por su honor jurara
un hombre...
SALV. No me fiara
si faltar le conviniera.
ROSAM. ¡Ah!
SALV. ¡Con música os regala!
ROSAM. Ved, conde, que es inocente,
como bueno le señala...
SALV. De detestar hace gala
el delito el delincuente.
ROSAM. Le absuelve mi corazon (Dignamente.)

que le comprende.

SALV. El perdon
no tiene el don exquisito
de lavar el vil borron
ennobleciendo el delito.
Sangre es esa de Cambrine,
(Mostrándole una daga. Aparece Manfredo por el fondo.)
y sabe el que la vertió,
que aunque torpe os alucine,
entre él y su dicha vine
para interponerme yo.

ESCENA XII.

ROSAMUNDA, SALVIATI, MANFREDO.

MANF. ¡Jamá!
ROSAM. ¡Ah!
MANF. Sois un villano.
SALV. ¡Téngame Dios de su mano!
ROSAM. ¡Manfredo! ¡Conde! ¡Dios mio!
(Se interpone para evitar que riñan.)
MANF. No, no ha de alentar ufano
quien osa ultrajarme impio.
Tened.
ROSAM. ¡Partid! partid.
SALV. ¡Oh!
Concederme al cielo plugo
la prudencia que no os dió,
y no he de quitarle yo
su digna presa al verdugo. (Váse.)
MANF. ¡Conde!
ROSAM. ¡Óyeme, por piedad!
MANF. ¡Señora! (Colérico.)
ROSAM. (Con terrible grito.) ¡Padre!!!
MANF. Apartad.
(La empuja con violencia, ella quiere seguirle, el conde le detiene.)

ESCENA XIII.

ROSAMUNDA, MANFREDO, el CONDE.

CONDE. ¡Camaldano! ¡Rosamunda!
ROSAM. Tenedle.
MANF. ¡Dios me confunda!
CONDE. En nombre del cielo, hablad.
MANF. (En el colmo de su ira.)
¡Señor Conde! El que me irrita,
el que bárbaro marchita
con su aliento mi esperanza,
ó la existencia me quita
ó ha de sentir mi venganza.
ROSAM. (Inspirada, de súbito.)
Modérate, que imperiosa
te defiende poderosa
la fé de mi ardiente amor...
¡Ah! ¡deténgate otra cosa!...
MANF. ¡Qué! ¿Rosamunda?
ROSAM. (Arrodillándose.) ¡Mi honor!
(Aqui hay una lucha vivísima, terrible; Manfredo queriendo seguir á Salviati, Rosamunda deteniéndole. Cuando dice «¡mi honor!» Manfredo mira al cielo con desesperacion. El Conde levanta á su hija prosternada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion del primero. Noche. Profusion de luces, como para una fiesta magnífica.

ESCENA PRIMERA.

De vez en cuando cruzan góndolas por el Adriático, y se distinguen por las guirnaldas de farolillos de colores con que van adornadas. SALVIATI, ERNESTINO.

SALV. ¿Qué pasa? Pronto.
ERN. Me temo
que aqui nos lleguen á ver,
y piense la señorita...
SALV. No tiembles: yo te daré
cuanto necesites. ¿Quieres
vivir en mi casa? Bien:
serás mi paje de lanza;
y si el terco genovés
á la guerra nos provoca,
conmigo vendrás.
ERN. (Gozoso.) ¿Iré?
SALV. Y á mi lado en la campaña
llegarás ilustre á ser.
ERN. ¡Ay, qué delicia!
SALV. ¿Se casa? (Con ansiedad.)
ERN. Sin remedio.
SALV. ¡Vive Dios! (Iracundo.)

ERN. Partid, partid y volved.
SALV. Mas ¿qué sucede? (Ansioso.)
ERN. No puedo... (Temeroso.)
SALV. (Impaciente.)
Háblame, pronto.
ERN. Despues
de la escena de esta tarde...
SALV. ¿Qué pasa? Dí, vamos.
ERN. ¿Qué?
la señorita logró
á su novio contener;
y, como el amo la quiere,
¡qué digo! la adora, y cree
cuanto le dice, templóse
del Conde la ardiente sed
de venganza.
SALV. ¿Contra mí? (Con ironia.)
ERN. Seguro.
SALV. ¿Manfredo?
ERN. ¡Quién
pudiera pintar su saña!
SALV. ¿Pero cedió? (Irónico.)
ERN. Ya se vé,
lo quiso la señorita...
SALV. Y como cedió una vez
mil cederá.
ERN. Señor Conde,
¿por cobarde le teneis?
SALV. No. (Con risa forzada.)
ERN. Pues entonces...
SALV. Mancebo,
á tu señor quiero ver.
ERN. No está en casa.
SALV. ¿Volverá
pronto?
ERN. ¡Phs! Pudiera...
EALV. Pues
avísale á Rosamunda:
quiero verla.
ERN. No, no haré
semejante cosa.
SALV. ¿Cómo?

ERN. Pues, buen señor, ¿no sabeis
que el Conde Guarini os reta
para lidiar?

SALV. ¿Si? ¿con él? (Sarcástico.)

ERN. Con su yerno.

SALV. ¡Con su yerno!

ERN. Lo será. (Pausa.)

SALV. ¿Dices que fué
á buscarme?

ERN. Ciertamente.

SALV. Pues, Ernestino, otra vez
de tu amistad necesito.
(Galardonándole con oro.)

ERN. Mandad y partid. ¿No veis
que está todo iluminado?

SALV. ¿Para la boda?

ERN. Sabed
que vienen los senadores,
viene el obispo tambien;
¡él los casa!

SALV. (¡Vive Cristo!)
(Reprimiendo su coraje.)

ERN. ¿Qué decis?

SALV. Yo me opondré... (Á media voz.)
(Óyese leve ruido dentro. Con la alegre simplicidad de sus pocos años, se asoma Ernestino al balcon y dice gozoso.)

ERN. ¡Señor Conde! ¡Señor Conde!
Mirad dos góndolas... tres...
cuatro... (Por el balcon, señalando.)

SALV. ¿Convidados? (Con amargura.)

ERN. Si.

SALV. ¡Suntuosa boda ha de ser!

ERN. ¿Adónde vais?

SALV. Lo sabrás.

ERN. ¿Y os embozais? (Con extrañeza.)

SALV. Volveré.
(Yéndose airado por el foro y embozándose.)

ESCENA II.

ERNESTINO, ROSAMUNDA.

ROSAM. ¿Con quién hablabas?
ERN. Señora... (Turbado.)
ROSAM. ¿Con el conde de Salviati?
ERN. Si, señora.
ROSAM. ¿Adónde vá?
ERN. Si quereis, antes que baje
le llamaré...
ROSAM. No. ¿Quién llega?
ERN. Son convidados...
ROSAM. ¡Mi padre! (Con gozo.)
Anda con Dios.

ESCENA III.

ROSAMUNDA, CONDE DE GUARINI. Rosamunda está en traje de boda, pero sin velo ni corona.

CONDE. No le encuentro. (Con cariño.)
ROSAM. Se ha marchado hace un instante.
CONDE. ¿Si?
ROSAM. ¿No le habeis visto?
CONDE. No.
¿Le hablastes?
ROSAM. No debo hablarle;
quiero que vos, padre mio,
esteis á mi lado.
CONDE. Baste
de angustia, de incertidumbre.
ROSAM. Si, baste, señor. ¡Bastante
he llorado!
CONDE. ¡Rosamunda! (Con afecto.)
ROSAM. Es necesario que pague
la imprudente oferta mia,
cuando ha poco, al acusarle,
atribulada, confusa,
le prometí no casarme.
CONDE. ¡Qué ligereza! (Con ternura.)

ROSAM. ¡Es verdad!
Hoy que Manfredo triunfante
á mis ojos se presenta;
hoy que le miro tan grande,
mi corazon le defiende,
y en el seno de mi padre
hallo la fuerza precisa
para arrostrar este trance,
y vencer á la calumnia,
que inícua quiere infamarle.

CONDE. ¡Con cuánto placer te escucho!

ROSAM. Cesan mis dudas. Fugaces
desaparecen del alma
las tinieblas.

CONDE. Bien. Tu traje
completa. La Providencia
hace que triunfe el culpable,
cuando en sus altos designios
se reserva coronarle
con la aureola que el cielo
ciñe la frente del mártir.
Otras veces, hija mia,
entra en su arcano insondable
acendrar en el crisol
del infortunio, al que fácil
juzga soportar las penas;
le atosiga, mas aplauden
con júbilo, cuando vence
en los mundanos combates,
desde el trono de la gloria
los inocentes arcángeles.
¡Eh! no mas lágrimas.

ROSAM. Quiero...

CONDE. Manfredo se acerca. Parte.

(Mirando por el interior ha visto á Maufredo. Insta á su hija para que salga. Esta se marcha por donde mismo salió á la escena.)

ESCENA IV.

CONDE GUARINI, MANFREDO.

CONDE. Asi me gusta. (Aludiendo al traje.)
MANF. ¡Señor!
CONDE. Alegre quiero mirarte.
Rejuvenezco á tu vista.
MANF. Señor, al rival infame
que me calumnia...
CONDE. Mañana
entre el polvo del combate
confesará su perfidia.
MANF. ¿Le hablasteis?
CONDE. ¿Te satisface
mi consejo?
MANF. Si se ajusta,
como espero, á las sociales
conveniencias...
CONDE. Nada temas.
MANF. Temo que al vulgo inconstante
los envidiosos conciten
en mi daño.
CONDE. Yo te escudo.
MANF. ¡Ah! Gracias. Mas ¡que no baste
vuestro deseo! Es preciso
que nunca se atreva nadie
á dudar de mí.
CONDE. Pretendes
el imposible mas grande.
Cuando la gloria te brinda
sus laureles; cuando añades
nuevos timbres á los timbres
de tu patria!...
MANF. (Con amargura.) ¡Si!
CONDE. Voraces
las serpientes de la envidia
quieren hartarse en tu sangre,
porque vales lo que viles
tus enemigos no valen.
MANF. Tranquila está mi conciencia.

CONDE. Pues eso, amigo, te baste...
MANF. Más pide el mundo.

ESCENA V.

CONDE, MANFREDO, MARÍA, trayendo en una bandeja pequeña, cubierta con paño de terciopelo, una corona de siemprevivas, que coloca sobre la mesa.

MARIA. Señor,
los convidados invaden
la cámara vuestra.
CONDE. Bien.
(Manfredo inclina la cabeza suspirando con pesar.)
MARIA Hice abrir la cuadra grande,
y el pasillo que conduce
al oratorio.
CONDE. Manfredo,
en los mas terribles trances
descansa en la Providencia.
MANF. Si... (Con vaguedad.)
CONDE. Deja que Dios te salve.
MANF. Cuando los hombres me acusan...
CONDE. La impaciencia hace mas grandes
los infortunios.
MANF. ¡Señor!
CONDE. ¡Si no has de sufrir los males
escogiendo el instrumento
que las heridas te cause!
Cuando la espada te hiere,
tú miras al que la blande,
no el acero...
MANF. ¡Padre mio! (Conmovido.)
CONDE. ¡Eh! templa el dolor, y sabe
que vá la gloria del mundo
siempre unida á las mendaces
lisonjas, y á la tristeza
que los mismos que te aplauden
sienten, al ver que no pueden
adonde vuelas alzarse.
MANF. Por mi honra temo, señor.
CONDE. Porque los hombres te alaben,

no habrás de ser mas honrado;
ni mas criminal delante
de tu Dios, porque ellos mismos
con sus calumnias te infamen.
(Óyense en el Adriático preludios de un arpa.)

MARIA. ¡Escuchad! ¡Oh! ¡qué delicia!
CONDE. ¡Vamos! (Con cariño á Manfredo.)
MANF. Señor... (Dudando.)
MARIA. Al instante
(Bajo con rapidez y misterio.)
volved, me precisa.
MANF. Dime...
MARIA. Es eso de Marcos...
MANF. ¡Trance
fatal! (Airado.)
CONDE. (Desde el foro, con bondad, llamándole.)
¡Manfredo!
MARIA. Partid,
que podeis despues hablarle.
(Cuando el Conde y Manfredo van á ealir, Maria detiene al segundo para decirle algo, que no le dice porque el Conde, ya en la puerta, llama á Manfredo.)

ESCENA VI.

MARIA.

¡Qué noche tan placentera!
¡Oh! ¡gran Dios! cómo te admiro
cuando el cielo reverbera
con tanta y tanta lumbrera
tachonando su zafiro!
Radia la luna brillante,
y al manso rodar del viento
rízase el mar inconstante,
cascadas mil de diamante
alzando en su movimiento.
Ligero vapor, teñido
de la luna al resplandor,
vuela, con pompa vestido,
en el aire suspendido
como del aire señor;

y parece que sereno,
de cándidas flores lleno,
vá su tesoro aromático
á derramar en el seno
de la perla del Adriático.
(Pausa. Preludio lejano de laud.)
¡Qué música tan hermosa
llena el aire de armonia!
¡qué góndola tan vistosa
hiende el agua silenciosa
entre ondas de argenteria!
¡Oh! ¡Qué delicia! ¡me embriaga
ese preludio sonoro!...
Tal parece que una maga
volando á su acento, vaga
¡oh, luna! en tus rayos de oro!

(Canta una voz lejana.)

«De la bella Rosamunda
»y del noble vencedor,
»Venecia canta y celebra
»la noble y feliz union.»
(Cesa el canto, sigue el arpa.)

MARIA. ¡Qué trova tan delicada!
Con el jugo de una flor
debe escribirla el cantor,
siendo la pluma arrancada
de las alas del Amor.

(Canta la voz, alejándose.)

«En Venecia Rosamunda
»es el astro brillador
»que desluce con sus rayos
»la esplendente luz del sol.»

ESCENA VII.

MARIA, MARCOS, que há entrado cuando cantan y se sienta angustiado.

MARIA. Venid, venid, escuchad,
ved: de la luna al reflejo
en la blanda claridad,
las góndolas contemplad

rizando el movible espejo.
(Marcos no la atiende. Maria deja el balcon y se le acerca.)
¿No es verdad que tal parece
que el universo se inunda
de gozo, y que se engrandece,
y que de amor se estremece
por Manfredo y Rosamunda?
Hablad, señor Marcos, tanta
indecision me fastidia. (Pausa.)
La dicha ajena me encanta
y mi alma al cielo levanta...
yo no conozco la envidia.

MARCOS. (¡Me mata!)

MARIA. ¡Qué diversion!
(Aludiendo á la música, que se oye muy á lo lejos.)
Me causa satisfaccion
y charlo como una loca,
porque habla siempre mi boca
lo que siente el corazon.

MARCOS. Señora Maria...
(Como cambiando de conversacion.)

MARIA. ¿Qué?

MARCOS. ¿Le hablasteis?

MARIA. ¡Toma! le hablé;
¿hay en ello alguna mengua?
Mil veces, mil, le hablaré...
¿Me muerdo acaso la lengua?
Algo muy grande habeis hecho
cuando con fiero despecho
me dijo: «No, que se vaya.» (Pausa.)
¡Si no podia en el pecho
tener el coraje á raya!
Aqui ha de venir; blasona
de piadoso: eso os abona;
pues, con frases expresivas,
le entregais esta corona
de doradas siemprevivas.
La vé, la toma, la lleva
al sepulcro de su tio...

MARCOS. ¡Otra, gran Dios, otra prueba!

MARIA. De explicaros os releva

y os absuelve; yo confio
en su pecho generoso.
Ademas, ¡es tan hermoso
consolar á un desgraciado!
Cuando es un hombre dichoso
se siente regenerado:
vé con ojos de piedad
en los otros la maldad,
y le inspira ser clemente
la misma perversidad
que hace odioso al delincuente.

MARCOS. ¿De veras? ¡Seguid!
(Con dulce ansiedad.)

MARIA. De veras.
¿No comprendeis eso vos?
¡Hombre infeliz! ¿pues qué fueras
viviendo como las fieras?
¿Fueras la imágen de Dios?

MARCOS. ¡Ah! señora, por favor,
alentad el pecho mio.

MARIA. ¿Qué cosa es Dios? es amor.
Mirad cuajada la flor
con las perlas del rocio.
El sol que nos ilumina,
y el pajarillo que trina,
y el arroyo que murmura
fertilizando la encina
como la flor mas oscura;
y aquesa atraccion sin nombre
que ha nacido con el hombre,
que en el placer ó el dolor,
ya le asombre ó no le asombre,
ata al mortal, ¿no es amor?
Y ¿quién, sino Dios, podria
darle esa dulce armonia,
ese placer, esa calma?
Ese bienestar seria...
¿Qué puede ser sino el alma?

MARCOS. ¡El hombre! tan malo es
que se goza en su maldad,
y con su envidia...

MARCOS. ¡Es verdad!

cuando media el interés
y falta la caridad. (Pausa.)
Está de gozo radiante,
ha de casarse delante
del sepulcro del difunto.
(Marcos se estremece.)
Despues, con su esposa amante
al templo vá.

MARCOS. ¡Pronto!

MARIA. Al punto.
Pues habladle, y os oirá:
él ama, os perdonará;
y si no, sobre los dos
está quien mas puede; está
la inmensa bondad de Dios.

MARCOS. ¡Ah! Maria, si, confio.
Vuestras palabras ¡Dios mio!
tan puras, tan puras son,
cual balsámico rocio
que alienta mi corazon.
Ya aspiro ese gozo interno,
ese bienestar sin nombre
que siento, que no discierno,
pero que sé que es eterno,
pues que nació con el hombre.
¡Ah! yo de Dios me olvidé;
mas cuando dél me acordé
renace en mí la esperanza,
y aqui me grita la fé (Al corazon.)
que cifre en Dios mi confianza.
¡Si vierais!... cuánto hay de bueno
en este infelice seno
que agudo pesar maltrata,
y está apurando el veneno
que le atosiga y le mata!

MARIA. ¡Oh! tengo yo todavia (Con intencion.)
un resorte que mover.

MARCOS. ¿Es, acaso?...

MARIA. Es cuenta mia...
Ludovico... (Reprimiéndose.)

MARCOS. ¡Qué! ¿Podria?... (Con interés.)

MARIA. No, no lo querais saber. (Ademan de marcharse.)

MARCOS. Atended. El hijo mio
á vuestra piedad confio,
que acaso, faltando yo...
MARIA. ¿Teneis el casco vacio?
Quedad con Dios.
MARCOS. Mirad... (Insistiendo.)
MARIA. No. (Con entereza.)
(Dá algunos pasos y vuelve y le dice.)
Oid.
MARCOS. ¿Qué? (Con ansiedad.)
MARIA. Breve seré.
Nunca olvideis esto.
MARCOS. ¿Qué?... (Como antes.)
MARIA. «Sustancia de la esperanza»
llama san Pablo á la fé:
y con fé... ¡todo se alcanza!.
(Váse Maria por donde vino. Vé Marcos á Manfredo, este quiere retirarse, el otro le detiene: todo esto mientras sale Maria de la escena.)

ESCENA VIII.

MARCOS, MANFREDO.

MARCOS. ¡Manfredo!
MANF. ¡Marcos!
MARCOS. A tus plantas quiero...
MANF. Levántate, es inútil.
(Sin ira, pero con grave continente.)
MARCOS. ¡Por tú vida!
MANF. No, no quiero escucharte: tus palabras
me hacen daño. (Ademan de partir.)
MARCOS. Un momento...
MANF. Me suplicas
en vano.
MARCOS. ¡En vano! Tu glacial respuesta
me punza el corazon. Aguda espina
me lo destroza sin piedad.
MANF. Conozco
que sufres. Yo tambien...
MARCOS. Acaba... Mira:
¿ves rodar estas lágrimas ardientes?

¡tú las arrancas!

MANF. ¡Infeliz!

MARCOS. Dirian
esas almas vulgares, que en el mundo
como reptiles en el fango habitan,
que las vierten mis ojos y no salen
de aqui, del corazon, de aqui...

MANF. No sigas...

MARCOS. ¡Mi querido Manfredo, te conmueves?

MANF. Ya no puedes volver á mi familia.

MARCOS. Está bien... ¡Justo Dios!... Oye un instante.
Yo te amé desde niño: la sonrisa
de tu edad infantil era mi encanto,
y al mirarte crecer me embebecian,
tu inteligencia, tu bondad, tus gracias,
y el alma heróica que en el pecho abrigas.
Huérfano, desvalido, ¿qué debistes
á tu avaro pariente? ¿consentia
(Señal de impaciencia de Manfredo.)
siquiera en ilustrar tu entendimiento?
Despreciado, en su casa parecias
un expósito vil, y hasta los torpes
fámulos mercenarios te veian
como á mueble que estorba. Yo tan solo
de tu alma la grandeza comprendia,
y me propuse cultivar la planta
que hoy eleva sus ramas tan altivas.
Te desdeñaba tu pariente avaro,
porque él sin sucesion envejecia,
y su alma de reptil...

MANF. (Con dignidad.) Silencio, Marcos...

MARCOS. Yo te inspiré, con paternal delicia,
el santo amor de la virtud; la historia
de remotas edades te leia,
y en tu pecho sembrando la simiente
del honor y valor, que el mundo admira,
evocando recuerdos de altas glorias,
apiñaba los siglos á tu vista...
Yo era bueno, muy bueno, y te inspiraba
la sólida virtud que en mí sentia,
y tú mis esperanzas coronaste...

MANF. Es verdad. ¡Pero, cielos! (Conmovido.)

MARCOS. (Con ternura.) No, no insistas
en despedirme; bastárame solo
un rincon en tu casa: de tu dicha
partícipe este anciano que te adora
y sin tí nada quiere.

MANF. (¡Qué agonia!)

MARCOS. Yo soy padre, estoy viejo, tengo un hijo
que colma mi contento, mi delicia,
y en tí fundo tan solo mi esperanza.
No quieras apartarle de mi vista.
Cuando brote el rosal de tus amores
un hermoso pimpollo, en mis rodillas
cabalgará como su padre un tiempo.
Le diré: «Buen caballero, alta la vista,
»el marcial continente del soldado
»es del honor y del valor divisa.
«¡Á caballo, derecho! erguid la frente,
»apretad el corcel con las rodillas...
»¡Está bien, está bien! la mano izquierda
»sostiene, sin tirar, la fuerte brida;
»en la diestra la lanza; el yelmo airoso,
»coronado de plumas, simboliza
»majestad y donaire.» Palpitando
de gozo le veré... (Pausa.)
Que me asesina
tu indiferencia, tu desden.—¿Qué tienes?
(Manfredo repara en la corona que María colocó encima de la mesa.)
No te marches, espera... Siemprevivas
para el sepulcro del avaro...

MANF. (Con dignidad.) ¡Calla!
Respeta su memoria y sus cenizas.
(Á una terrible mirada de su interlocutor, Marcos se encoleriza.)

MARCOS. ¿Y qué tengo que ver con su memoria!
Harto me sigue, aterradora, impía,
su maléfica sombra: en mis oidos
retumban sus palabras maldecidas,
y la piel de mi rostro marca siempre
la huella de su mano. ¡Mira! ¡Mira!
Contempla aqui sus descarnados dedos;
y si en tu seno el corazon palpita

de un hombre honrado, ¡vive Dios! responde:
¿la ofensa mas atroz perdonarias?
Ante el solo recuerdo me horrorizo
y se agolpa la sangre á mis mejillas.
¡Le clavara cien veces una daga
si volviera cien veces á la vida!!!

MANF. Parte ya de Venecia: no, no puedo
soportar tu presencia. (Pausa.)

MARCOS. Conde, mira
(Cambia de tono.)
que ante tus plantas prosternado...

MANF. (Secamente.) Parte.

MARCOS. Que me arrepiento, y te suplico...

MANF. Expia
llorando tu maldad, que Dios perdona.

MARCOS. ¡Que te culpan á tí!

MANF. De la justicia
nada temo.

MARCOS. ¡Infeliz!
(Antes le contempla un instante.)
¡Al darle muerte
llevaba yo tu ropa; me cubria
con tu mismo antifaz; hirió su pecho
tu daga...

MANF. ¡Con mi daga!

MARCOS. Con tu cifra.

MANF. Eres un tigre, miserable.
(Contemplándole de hito en hito.)

MARCOS. Un hombre
como todos los hombres. Yo podria
desde la cumbre de tu excelsa gloria
lanzarte del abismo al honda sima.

MANF. ¿Te atrevieras? (Con asombro.)

MARCOS. (Impasible.) Lo dicho: mi venganza
y mil muertes despues. Yo quise un dia
tu ventura, tu lauro; ya que fiero
la bella flor de mi esperanza pisas;
cuando la envidia pertinaz te acosa,
yo te pondré á las plantas de la envidia.

MANF. ¡Oh! me avergüenzo del amor que un tiempo
te brindaba con alma agradecida. (Váse.)
(Manfredo lanza á Marcos una mirada de indignacion;

este vá á seguirle colérico, pero se presenta Salviati por el fondo; su presencia irrita mas á Marcos, se le vé cambiar de fisonomia, pintándose en su rostro el sentimiento de la venganza. En esta escena muda revela Marcos la lucha impia del bien y el mal; se deja caer abrumado de angustia, de furor, de remordimiento, en uno de los sitiales, y allí se agita convulso, clavando sus miradas ya en un objeto, ya en otro, hasta que Salviati, dichos los versos que tiene señalados, baja al proscenio á sentarse, y le encuentra. Marcos, poniéndose en pié, trémulo, despavorido, le mira con saña, luego, serenándose, se le acerca. Salviati está perplejo.)

ESCENA IX.

MARCOS, SALVIATI.

SALV. (Al paño, en el fondo.)
¡Goza, goza en tus triunfos, Rosamunda!
La cadena de flores que recibas
ante el ara sagrada, te prometo
que ha de servirte de dogal.—¡Palpita
feliz, tranquilo, corazon!—No miro
ni pajes, ni lacayos... deberia.....
presentarme en la boda... no, que vengan,
tengo tambien en el festin mi silla.
(Baja al proscenio. Viendo á Salviati se le acerca y le dice.)

MARCOS. Caballero, esperad. ¿Me habeis vos visto
en alguna ocasion? (Perplejidad de Salviati.)
¿Quereis noticias
del infame asesino que una tarde
lidió con vos, y con tremenda herida
la diestra mano le marcásteis?

SALV. ¿Dónde?...
¿dónde se encuentra?

MARCOS. Os lo diré. Precisa
que en presencia del Dux y del senado
cuando á la boda de Manfredo asistan,
reconociendo al matador que os muestre
de testigo sirvais á lo que diga.

Nada os sonroje, caballero, nada,
que no es noble el que oculta una perfidia,
sino aquel que reclama de las leyes
el justo cumplimiento.

SALV. Si, me obliga
vuestra razon y vuestro honor, que leo
en ese rostro...

MARCOS. (Con sarcasmo.) ¿Mi semblante indica
que debo ser creido?

SALV. Si por cierto;
desagraviar la sociedad es digna
accion de un alma honrada.

MARCOS. Si, no hay duda.
¡Manfredo es el traidor! (Despues de una pausa.)

SALV. (Despues de breve silencio.) Se necesita
una prueba, ademas...

MARCOS. (Señal afirmativa de Salviati.) ¿Basta con una?
Su mérito.

SALV. ¿Su mérito?... (Con extrañeza.)

MARCOS. La envidia
mientras le juzgue invulnerable, conde,
le adulará con su infernal sonrisa,
mas al verle caido, prontamente
se hartará de su sangre con delicia!!
(Ríese con frenesí.)

SALV. ¡Está loco! está loco! ¡santo cielo!
¿Dónde vais? esperad. Pero esa risa...
Que se acercan, mirad...

MARCOS. ¿Se acercan?

SALV. (Invitándole á que le siga.) ¡Vamos!

MARCOS. Un momento, esperadme...

SALV. Se aproximan...

MARCOS. ¿Y las pruebas? Vendré. Me anima el odio
que me tengo, y Satán... Satán me anima.
(Váse despechado.)

ESCENA X.

SALVIATI, ROSAMUNDA, MANFREDO: despues el DUX, CONDE GUARINI, SENADORES, PUEBLO, MÁSCARAS.

Desde que Salviati quiso detener á Marcos, se oye, cada vez mas cerca, la música que acompaña á los novios. Varios niños y niñas y jóvenes de ambos sexos, llevan ramilletes de flores; las niñas alfombrando con ellas el suelo: el centro le ocupan los esposos.—Cesa la música, luego que se han colocado. Mientras tanto, se acercan las góndolas á la escalinata y desembarcan el Dux, senadores y soldados.

CONDE. ¿Estais complacido?
MANF. Si. (Con abatimiento.)
Os lo agradezco en el alma.
Asi restauro la calma
que unos momentos perdí.
CONDE. El Dux y el senado ya
se acercan.
SALV. (Entre la multitud, y mientras llegan el Dux, etc.)
¡Cómo rebosa
con la alegria de esposa!
¡Oh! ¡vive Dios que será
fatal la venganza mia!
DUX. Venecia canta en honor
del insigne vencedor.
Esa entusiasta alegria
pregona vuestra victoria,
y yo, de la patria en nombre,
vengo á honrar al primer hombre...
SALV. ¡Venecianos! Esa gloria
(Dando un paso.)
que tanto habeis celebrado,
es el velo encubridor
tras del que quiere traidor
burlar la ley un malvado.
DUX. ¡Salviati! (Asombro general.)
SALV. ¡Ilustre Dux!
DUX. ¡Conde!
(Reconviniéndole con bondad.)

SALV. Sé, noble Dux, que mi acento
turba el general contento,
y sé que mal corresponde
con tantas fiestas y galas
como hoy nuestra patria muestra,
que yo, cual ave siniestra,
aqui descoja las alas.
Justicia vengo á pedir,
que cuando la ley se huella
y la razon se atropella,
y...

DUX. ¿Quereis? .. (Gravemente.)

SALV. Vóilo á decir.
Esa infortunada alianza
que al senado aqui convoca,
del frio sepulcro evoca
á quien demanda venganza.
Y la demanda, señor,
el noble conde Cambrine.
Quiere Dios que el que asesine...

DUX. ¿Sois vos el acusador?

SALV. Soy yo.

DUX. Pues decid.

SALV. Herido
el conde cayó á mis pies.

MANF. Pocos momentos despues
le recogí sin sentido:
ya en mis brazos, vuelto en si...

SALV. (En tono de reconvencion por háberle Manfredo arrebatado la palabra.)
Señor Dux, me pertenece...

DUX. Continuad...

SALV. Desaparece
el asesino de allí,
la daga aquesta dejando:
la recojo, en el instante
se me presenta delante
el matador, ocultando
con negro antifaz el rostro.
Lidio con él, riñe fiero,
le traspaso con mi acero
y ante mis plantas le postro.

Un grupo de enmascarados
se interpone entre los dos,
desaparece...

DUX. Mas vos
le alcanzasteis?

SALV. ¡Oh! Burlados
mis esfuerzos...

DUX. (Con autoridad.) Dad el nombre
del criminal.

SALV. Está aquí.
(Con fiera mirada á Manfredo y Rosamunda.)

DUX. ¿Conocéisle?

SALV. Si.

DUX. ¿Si?

SALV. Si.

DUX. Señaladle.

SALV. Este es el hombre. (Por Manfredo.)

DUX. ¡Señor Conde! (Á Salviati.)
(Extrañeza del Dux. Asombro general.)

SALV. Á mas me obligo.

DUX. Atended...

SALV. No me retracto.

DUX. Dad las pruebas.

SALV. En el acto.
(Acércase á Rosamunda, y al tomarla de la mano para presentarla al Dux, exclama esta con terror y asombro.)

ROSAM. ¡Ah!! (Serénase al momento.)

SALV. Su esposa es el testigo.
Mayores pruebas daré
cuando la justicia quiera.
Esta es el arma.
(Presenta la daga. El Dux la recibe.)

PUEBLO. ¡Que muera! (Sordamente.)

UNA VOZ. ¡Justicia!

DUX. Justicia haré. (Con entereza.)
El que así me la demande,
es infame y sedicioso:
cuando el pueblo es generoso
entonces sabe ser grande.

MANF. Señor, vuestro noble acento
penetra en mi corazon;

fortalece mi razon
y alumbra mi entendimiento.
Cuando la justicia impera
sobre el ódio y la venganza,
renaciendo la esperanza
el justo tranquilo espera;
y cuando habla como vos
el que interpreta la ley
en la tierra, Dux ó rey,
es el vicario de Dios.
Mil veces el mundo injusto
se enloquece hasta el delirio;
pide, á su antojo, un martirio
y goza muriendo el justo.
De ese modo, en otros dias,
de la justicia en el nombre,
dió muerte de cruz á un hombre,
¡y era aquel hombre el Mesias!
(Volviéndose para Rosamunda, y como si le importara poco la opinion ajena ante el testimonio de su conciencia pura y de su esposa idolatrada, cuya favorable confianza le basta ante sí mismo.)
¡Tú me comprendes, mi amor,
tú ves mi inocencia!?
(Momento de silencio, despues del cual añade con la mayor angustia.)
Di...

ROSAM. ¡Ah!! (Con la vehemensia de la inspiracion.)
yo te comprendo, si,
porque siento en mi interior...
lo que explicarte no sé;
un bienestar, una calma,
una esperanza... ¡es el alma
á la que alumbra la fé!
Al Rey de reyes apelo,
porque con fé y esperanza
todo en la tierra se alcanza,
y desde aqui... se vá al cielo.

MANF. ¿Que soy criminal decis?
(Yendo á Salviati.)
¿Quién puede probarlo?...

SALV. Yo.

MANF. ¿Me visteis el rostro?...
SALV. No.
MANF. ¡Yo le maté!...
SALV. Si.
MANF. ¡Mentis!
(Salviati avanza hácia Manfredo, el Dux se interpone reconviniéndole.)
DUX. ¡Camaldano!
MANF. Perdonad,
ilustre Dux, si indiscreto
os he faltado al respeto
debido á la autoridad.
Yo sé que mi ardiente ira
contra el que tenaz me infama,
ni satisface á mi fama
ni destruye la mentira.
Humilde mi corazon
dejara ultrajar mi nombre,
oprobio siendo del hombre
y de la plebe abyeccion,
si no me inspirara el cielo
vindicarme.
DUX. Vuestra prueba...
MANF. Mi fuerte espada la lleva: (Con energía.)
al juicio de Dios apelo.
ROSAM. (Se interpone.)
No lo consiento. (Al Dux.) ¡Señor!
¡Él! (Contemplándole con pasion.)
¡Es inocente!
(Al Dux, con inspirado acento.)
DUX. Exige
la ley...
ROSAM. ¡Ah! (Con desesperacion, que luego refrena.)
La ley no rige
en donde impera el amor.
Me grita el alma elocuente:
miente el torpe que le infama,
miente la ley, si derrama
su sangre, y el mundo miente.
DUX. Ved... (Con urbanidad.)
ROSAM. No me hableis del deber,
ni aqui invoqueis esos nombres

que solo sabeis los hombres...
Inerme, débil mujer,
yo le defiendo ante vos,
¡por inspiracion! ¡Dios mio!
tú me impulsas, en tí fio...
¡no puede engañarme Dios!

SALV. ¡Rosamunda!
(En tono de reconvencion y con ira reprimida.)

ROSAM. ¡Caballero!
«Mayores pruebas daré,»
dijisteis... ¡Dadlas!

SALV. ¡Le haré
morir!

ROSAM. Pues bien. Las espero.

SALV. Yo traspasé con mi espada
la diestra del criminal.
Que presente la señal... (Con aire de triunfo.)
Que extienda la mano.
(Manfredo arroja el guante de su mano derecha y la extiende; Rosamunda, con la incomparable ansiedad que inspirarla debe semejante situacion, corre á él; es la primera que le vé la mano.)

ROSAM. ¡Nada!!!
¡Nada! ¡Señor! (Con loco júbilo)

SALV. ¡Oh! ¡Gran Dios!
¡Herid, herid, Camaldano!

MANF. Soy caballero y cristiano. (Con dignidad.)

SALV. ¡Ah! sois inocente vos.
¡Señor Dux! ¡Es inocente! (Murmullos.)

DUX. ¡Le visteis matar?

SALV. Le vi.

DUX. ¡No es él?

SALV. ¡Ah! no.

DUX. ¿Jurais?

SALV. Sí,
no es Manfredo el delincuente.

ESCENA XI.

DICHOS, MARCOS.

Marcos lleva diverso traje, mas lujoso que el de los actos anteriores, está embozado y cubierto el rostro con antifaz. Á su vista, Rosamunda se acerca rápidamente á Salviati señalándole con inteligencia el nuevo interlocutor. Salviati la comprende, y está perplejo viendo á Marcos, sin desembozarse, dominar la escena colocándose entre el Dux y Salviati. Manfredo, que ha reconocido á Marcos, está vivamente conmovido.

MARCOS. (Á Salviati, señalando á Manfredo.)
¿Le odiabais?

SALV. ¿Yo?

MARCOS. No os asombre,
que no lo entendeis vos mismo,
porque es un horrendo abismo
el ruin corazon del hombre.
(Á Rosamunda y luego á Salviari.)
Vos le visteis, vos tambien;
los dos le visteis matar,
y cuando vais á juzgar
sobre el mal ó sobre el bien,
siendo una misma la accion
es el juicio diferente,
porque aqui cada cual siente
como quiere el corazon. (Pausa.)
El pérfido criminal
la misma ropa vestia
de Manfredo: ¡hasta ceñia
en el cinto su puñal!

SALV. (Con asombro y terror.)
Si.

MARCOS. Señor conde, quien
por odio, cual vos, delata,
es cómplice del que mata.
¡Basta ya! (Á Salviati que vá á hablar.)
Pensadlo bien.
El asesino soy yo.

SALV.
ROSAM. } ¡Ah!

(Reconociendo el vestido que lleva Marcos, y señalando para él, se miran con inteligencia y espanto los dos.)

MARCOS. ¿Era este el traje?
SALV. Si.
MARCOS. Dura muerte al Conde dí,
porque... (Se conmueve.)
DUX. ¿Por qué?
MARCOS. (Gravemente.) Me ultrajó.
ROSAM. (Dirigiéndose á Manfredo.)
¡Infeliz!
MARCOS. (Al Dux.) Mirad. ¡Está
siempre sangrando la herida!...
Señor, de mi odiosa vida
disponed: me estorba ya.
DUX. ¡Guardias! Llevadle.
MANF. (Al Dux, en tono de súplica.) Señor...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARIA, que trae de la mano á LUDOVICO, este, jubiloso, dice «padre» antes de que se presente al público. Marcos se estremece.

LUDOV. ¡Padre!!
MARCOS. ¡Gran Dios!!
ROSAM. (Al ver al niño, con pena.) ¡Ah!
MARCOS. (Con blanda reconvencion.) ¡Maria!
MARIA. ¡No os dije que yo tenia
un resorte? (Muy cariñosa.)
MARCOS. Por favor...
llevadle de aqui.
MANF. (Al Dux.) Batallo
conmigo mismo, al mirar
que ni aun dado me es hablar
sin que el mundo con su fallo
sarcástico, fiero, impio,
no grite: «Le perdonó,
»porque riquezas le dió
»dando la muerte á su tio.»

(Venciendo su repugnancia por hablar.)
¡Pueblo invicto! Si algo hice
de nuestra patria en favor,
ciencia y virtud y valor
debo al anciano infelice
que en un momento ha perdido
el tesoro acumulado
de virtudes, que ha manchado
con solo un crímen.—Os pido
vuestra indulgencia. (Al Dux.)

Dux. Imposible.
De mí no pende el perdon:
conoceis mi situacion;
soy, cual la ley, inflexible.

Marcos. (Tomándole de una mano y llevándole hácia el centro, muy adelante.)
¡Ah! no pienses que me empeño
con esta edad, en vivir,
pues harto sé que morir
no es mas que entregarse al sueño.
Ni ¿qué importarme podria
mi desdichada existencia,
cuando siempre mi conciencia
tiene ante mí la sombria
fantasma, que se dibuja
como un espectro sangriento,
que esclaviza el pensamiento,
y me atosiga y me empuja,
con ímpetu furibundo,
hasta el lugar ¡oh Dios mio!
en que comienza el vacio
¡y tiene término el mundo!

Manf. ¡Infeliz!

Marcos. Allí, me aterra,
y me muestra, sin piedad,
al frente... la inmensidad!
¡á mis plantas, de la tierra
el borde del polvo seco
que al hollarle se derrumba,
se desmorona, en la tumba
de aquel espantoso hueco!
¡Oh! nada al espectro estorba

complacerse en su venganza...
de los cabellos me afianza,
(Acompaña las palabras con la accion.)
sobre el abismo se encorva...
Miro, allá abajo, extendido
de aire vago el oceano,
y al ver que estoy de una mano
solamente suspendido,
aterrado... ¡ni resuello!
porque solo al resollar
creo que vá á resbalar
de entre su mano el cabello!!!

MANF. ¡Ah! ¡Marcos! (Compadecido.)

MARCOS. ¡Espectro impio!
¡Si yo no quiero vivir!
¡Pero es horrible morir
rodando por el vacio!
(Respira con dificultad y dice á Manfredo en tono confidencial, pero con voz fatídica.)
Y pienso ¡Dios soberano!
que si caer no me deja,
quedarse con la que deja
pudiera, en la débil mano,
y hundirme! ¡Yo necesito
(Acompañando con la accion la idea.)
morir para hallar la paz,
porque ese espectro tenaz
es el delito! ¡El delito!
(Respirando como el que se sofoca y quiere aire para vivir. Ludovico se abalanza á su padre.)
¡Hijo de mi corazon!
Al estrecharte en mis brazos
le siento hacerse pedazos;
y en la fatal situacion
en que te dejo, sin madre,
solo, Manfredo, te pido
que dé á su padre al olvido,
sirviéndole tú de padre.
Ampárale en su abandono,
y venga despues...

MANF. ¡Oh! si.

MARCOS. No puedo marchar de aqui

sin saber... (Ansioso.)

MANF. ¿Que te perdono?

MARCOS. Si. (Con ansiedad.)

MANF. Pues bien. Al abrazar
á este anciano infortunado,
de mi caudal heredado
me quiero desheredar.
Señor, mi riqueza cedo
á la república.

DUX. Bien. (Tranquilamente.)

MANF. Asi puedo alzar la sien
inmaculada...

ROSAM. ¡Manfredo! (Con efusion.)

MANF. Asi ya mi corazon
puede abrazarte! (Le estrecha en sus brazos.)

ROSAM. (Al Dux.) ¡Piedad!

MARCOS. Á la muerte me llevad. (Decidido.)
¡Ay! ¡Adios! (Viendo á Ludovico.)

PUEBLO. ¡Perdon! ¡Perdon!

MARCOS. ¡Oh! confesar la maldad
con santo arrepentimiento,
es subir al firmamento
en pos de la libertad!...

(Salviati está ensimismado, en un ángulo de la escena. Maria, perpleja, siempre cerca de su señora. El Conde Guarini, vivamente afectadó. Antes de concluir el acto, el Adriático se cuaja de góndolas adornadas con farolillos de colores. Al decir Marcos sus últimos versos, entran multitud de máscaras, que victorean á Manfredo, al Dux, á Venecia. Música, bulla y alegria popular, como en el acto primero.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se hace la ligera supresion atajada en la escena XIII del acto segundo.

Madrid 4 de abril de 1861.

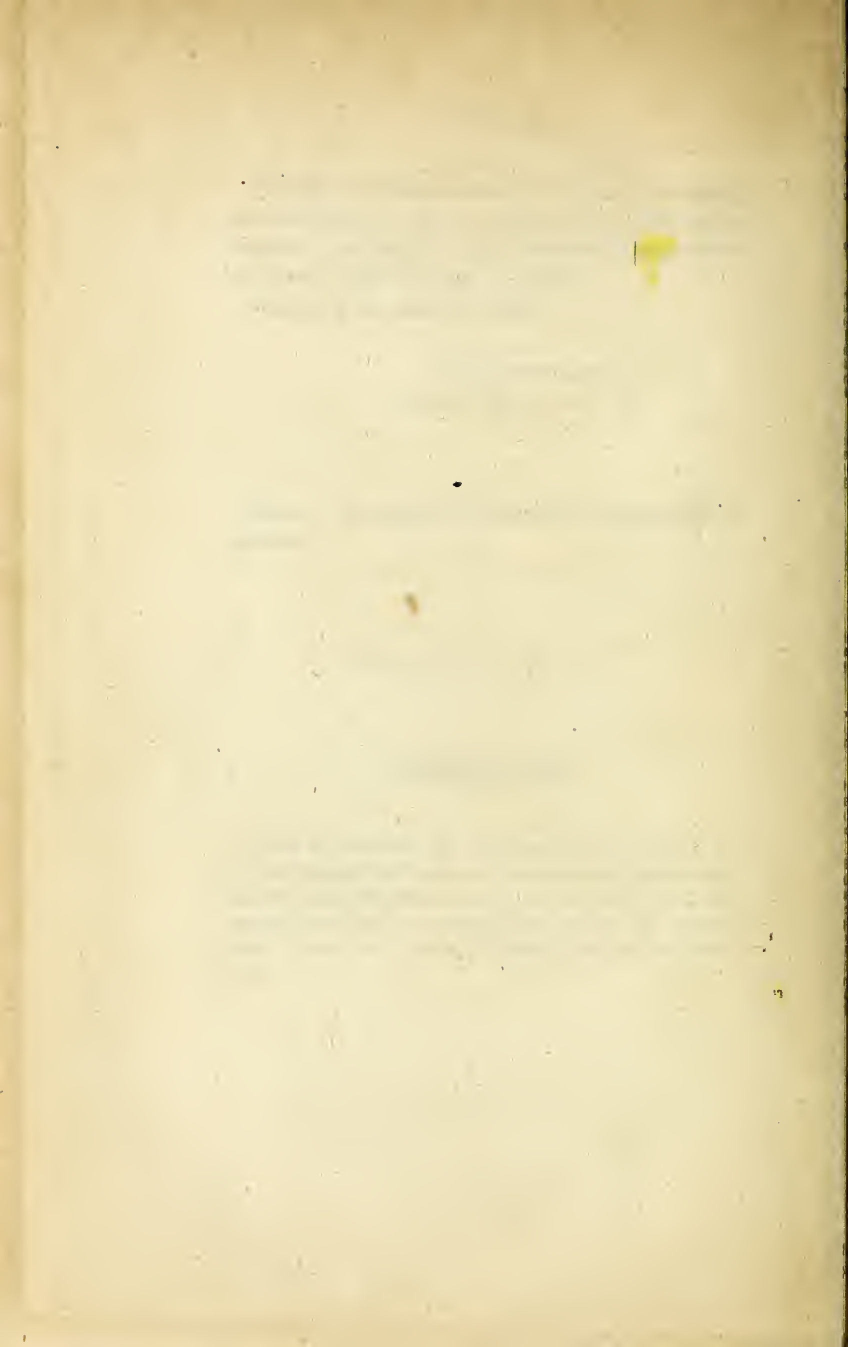
El censor de teatros.
ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. *Se hizo la supresion de que habla la censura.*

ADVERTENCIA.

Como de la escena IX (del tercer acto) á la XI, en que Marcos sale del teatro y vuelve á delatarse no hay tiempo suficiente para que el actor mude de traje, puede llevar desde el principio el que ha de ostentar como prueba de su crímen, cubriéndole con un capotillo.





.d en 1818.
.d á vista de pájaro.

) y Blanco.
ıno se entiende, ó un hombre tímido.
ıza contra nobleza.
ı todo oro lo que reluce.

pia

ısito de enmienda.
ır á rio revuelto.
ılla y por él.
heridas las de honor, ó el agravio del Cid.
a puerta del jardin.
roso caballero es D. Dinero.
los veniales.

convido al Coronel!...
n mucho abarca.
suerte la mia!
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabetica.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ılica y Medoro.
as de buena ley.
ıal mas feo.

eyina la Gitana.
ıdo y Marte.
ro y Flora.

ıisenando.
a Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde proıdor.

Bachiller.
loctrino.
nsayo de una ópera.
ıalesero y la maja.
ıerro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
leon en la ratonera.
último mono.
edos de carnaval.
lelirio (drama lírico).
Postillon de la Rioja (*Música*

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El Corneta.
El hombre feliz.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

ı Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, to segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Provincia	Librero
Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.